

ANGEL GUIMERÁ

LA REINA JOVEN

DRAMA ROMÁNTICO

EN CUATRO ACTOS

versión castellana de

RAFAEL MARQUINA



Copyright, by Rafael Marquina, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reservá el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ANGEL GUIMERÁ

LA REINA JOVEN

DRAMA ROMÁNTICO

EN CUATRO ACTOS

versión castellana de

RAFAEL MARQUINA



MADRID

B. Velasco, Imp., Marques de Santa Ana, 11 dup.º

Teléfono número 551

1912

PERSONAJES

REINA ALEXIA.
DUQUESA DE FONDAINA.
MARQUESA DE IBIS.
BARONESA DE BERGAMOTA.
MARQUESA DE TIRNOVA.
CONDESA DE ROSAMAYA.
DUQUESA DEL TRIANAR.
ROLANT.
GRAN DUQUE ESTEBAN.
GRAN DUQUE VLADIMIRO.
SEÑOR DE ARMAÑACH.
JUAN.
MARQUÉS DE TIRNOVA.
FILIBERTO.
CONDE DE MURA.
MARQUÉS DE ORÍS.
CABALLERO DE AYMERICH.
DUQUE DE BRUNSBERDECH.
VIZCONDE DE GRILO.
CONDE DE LA TORRECHICA.
GÜILLERMO.
FRITS.
TOAST.
TORNAMIRA.
ALDRET.
MALHURÓN.
ALCALDE DE LA CIUDAD.
NOTARIO MAYOR DEL REINO.
MUJER DEL PUEBLO.
OTRA MUJER DEL PUEBLO.
DAMA DE LA NOBLEZA.
HOMBRE DEL PUEBLO.

Damas y caballeros de la Corte. Mujeres y hombres del pueblo.
Soldados. Servidores de palacio.

Epoca actual



ACTO PRIMERO

El parque de la Reina. A la derecha grandes árboles y un camino entre las rocas. A la izquierda, sobre dos escalones, la entrada de un pabellón. En el fondo, troncos de grandes árboles y plantas floridas. En el centro un banco de piedra con respaldar también de piedra. En pleno día.

ESCENA PRIMERA

CABALLERO DE AYMERICH y GUILLERMO, guardabosque. Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Después llegan Guillermo, desde el fondo, y el Caballero de Aymerich saliendo del pabellón

AYM. Buenos días, Guillermo.

GUIL. (sin verle.) ¿Quién me llama?

AYM. Soy yo. ¿Ya no os acordais de mí?

GUIL. Ya lo creo. Es usted el Caballero de Aymerich. ¡Pero hacía tanto tiempo que no venía por el parque!...

AYM. Ahora han venido conmigo los que han de arreglar el pabellón para la ceremonia de esta tarde.

GUIL. Ya los he visto pasar.

AYM. ¿Supongo que no os parecerá mal el acto de esta tarde?

GUIL. A nosotros, los guardas, nos es lo mismo: hasta ahora nos pagaba la Casa Real, y desde ahora nos pagará el Ayuntamiento.

- AYM. Pero quizás tendréis más trabajo.
GUIL. Al contrario. Porque si el parque es de todos, nadie querrá entrar en él á hurtadillas.
AYM. ¿Y no juzgais que la señora Reina, cediendo estos jardines á la ciudad se ha mostrado muy generosa?
GUIL. (Desdeñoso.) ¡Phs! Así lo dicen.
AYM. ¡Ahora veréis, cuando entregue las llaves al alcalde, qué hermosa es! No hay en todo el mundo una Reina más bella y más sabia.

ESCENA II

DICHOS y FILIBERTO, guardabosque

- FIL. ¡No la podré ver, me echaré á llorar como una criatura y no la podré ver!
GUIL. Armese de fortaleza, padre.
AYM. ¿Pero qué significa esto?
FIL. ¡Ah! Buenos días. Porque es una iniquidad lo que aquí se está tramando, que toda esta tierra en una hora á la redonda, mientras el mundo sea mundo, es de Alexia.
AYM. (Reprendiéndole, sonriente.) ¡Oh! Filiberto, no. De Su Majestad la Serenísima Señora Reina. Alexia, que Dios guardel! (saludando.)
FIL. Sí, y todos la quieren mal... menos yo. Yo la quiero desde que empezaba á andar y la traían aquí, que más no alzaba que una violeta, y muchas veces tenía yo que levantarla del suelo; mientras que los servidores y las servidoras se acaramelaban unos á otros y se saludaban así, y se sonreían maliciosamente, y ellos les besaban las manos á ellas y ellas... Y muy á menudo huían para que las persiguieran... ¡Ay, señor! (Transición brusca, no queriendo terminar su frase.) ¡Y la pobrecita Alexia por el suelo á gatas!
AYM. Su Majestad la...
FIL. ¡Su Majestad! ¡Su Majestad! ¡Y que no la empañe el aire! Y ahora me la harán desgraciada casándola con uno cualquiera de esos Grandes Duques que la rodean como un rebaño.

- GUIL. ¡Padre! (Aymerich ríe.)
FIL. Y tú también. ¡Que te van ganando unas ideas! No debieras leer esas cosas de ese Rolant, que no sé de dónde ha salido.
- GUIL. (Mirando á Aymerich.) No sé por qué. De lo que dice el señor Rolant me quedo con lo que me parece.
- AYM. ¿Leeis á ese hombre, Guillermo?
GUIL. Algunos de sus escritos son el Evangelio... Y perdóneme usted.
- AYM. ¡Oh!
GUIL. Algunos, ¿eh?
FIL. El Evangelio de Lucifer. Bien condenado se verá, no paséis cuidado.
- GUIL. (A Aymerich.) ¿No conoce usted nada suyo?
AYM. Nada.
GUIL. Pues yo os prestaré un libro, donde intenta probar, á su modo naturalmente, que la Monarquía está reñida con la civilización y que los reyes son, hoy en día, una inmoralidad.
- AYM. (Indignado.) ¡Ni una palabra más!
FIL. ¡Sinvergüenza endiablado! ¿Y qué tiene que reprochar á Alexia, eh? ¿Que no es una santa, ella que no tiene nada suyo, con unas manos de caridad y un carácter humilde y cariñoso, y con aquella simpatía de su risa franca que cuando le retoza en los labios no parece una Reina?
(Aymerich ríe satisfecho.)
- GUIL. Dejádme contestar á mí
FIL. (A Aymerich) Como sus padres eran la misma seriedad hecha realeza, yo creía que los reyes tenían prohibida la risa por la Constitución.
- GUIL. (A Aymerich.) ¡Cosas de mi padre!
AYM. Dejádle, que él ama á la Monarquía.
GUIL. Se ha detenido un carruaje...
AYM. (Mirando por la lateral.) El Marqués de Orís y el señor mayordomo. (Yendo hacia el pabellón.) Salid. (Pequeña pausa.) ¡De prisa!

ESCENA III

DICHOS, el MARQUÉS DE ORÍS, el CONDE DE MURA y tres criados de Palacio, que salen del pabellón y quedan formando cordón cerca de éste. Filiberto y Guillermo quedan separados á la derecha de la escena. El Caballero de Aymerich ha ido á recibir á los que llegan. Entran todos de prisa por el fondo

- C. MURA ¡A ver! ¡El guardabosque mayor del Parque!
GUIL. Es mi padre. ¡Padre! (Llamándole porque estaba más separado.)
- M. ORÍS (Llamándole.) ¡Guarda mayor!
FIL. Estoy aquí. Hace más de cuarenta años que estoy aquí.
- C. MURA Con todos los guardas vigilaréis las entradas, á fin de que al entrar Su Majestad la Reina entre solo su séquito con ella.
- FIL. Sí, señor.
- C. MURA ¿Cuántos guardas sois?
FIL. Ocho... nueve. Es decir, ocho y yo nueve.
- M. ORÍS (A Aymerich, que está cerca de los criados.) ¿Y cómo está eso? (señalando el pabellón.)
- AYM. Todo está preparado. Si el señor Marqués desea verlo...
- M. ORÍS No es necesario.
- C. MURA Yo creo que Su Majestad estará solo el momento preciso...
- AYM. Se ha hecho cuanto se ha podido... todo estaba abandonado.
- M. ORÍS Es natural. Hace tanto tiempo que no se ha restaurado nada...
- FIL. Hace tres años... que no viene Ale...
- GUIL. ¡Padre! (Dándole á entender no debe intervenir en la conversación.)
- C. MURA (Sin atender á Filiberto.) ¡Y es hermosísimo este sitio!
- FIL. Más de una hora se tarda en recorrerlo, y abundan los barrancones y despeñaderos. Por cierto que...
- M. ORÍS (Al conde de Mura.) Y todo el año está florido como ahora, que siempre parece Primavera.
- FIL. Por cierto que el último día que vino quiso montar un potro aquí nacido y que yo lla-

- maba Hormiguillo porque siempre andaba de un lado á otro.
- C. MURA (Que empieza á interesarse.) ¿La Reina?
FIL. Sí. Y diablillo él y diablillo ella. (Ríen los nobles y más recatadamente los servidores.)
- GUIL. (A Filiberto.) ¡Su Majestad!
FIL. ¡Su Majestad! Y cabalgó, y se estuvo cosa de un Credo que si no corremos todos la desmonta por la cabeza á la pobrecita Alexia. (su hijo le toca. Todos ríen.) A Su Majestad; ya lo sé. (Enfadado.)
- M. ORÍS Es valiente y sabe cabalgar, que es virtud de su linaje.
- FIL. Sí. (Riendo sus propias palabras.) Y quiso volver á montar. Pero el Hormiguillo se escapó galopando... y hasta ahora.
- C. MURA Aún tardará en llegar.
M. ORÍS Lástima que el Real Patrimonio pierda estos sitios.

ESCENA IV

DICHOS, el DUQUE DE BRUNSBERDECH, y después la REINA ALEXIA, GRAN DUQUE WLADIMIRO, CONDE DE LA TORRECHICA y otros CABALLEROS

- D. BRUN. (Entrando rápidamente.) Señores; la Reina está en el Parque.
- M. ORÍS (A los Guardas.) ¡La Reina! (Salen Filiberto y Guillermo.)
- AYM. (A los Criados.) ¡De prisa! (Los Criados entran en el pabellón.)
- C. MURA (Al Duque de Brunsberdech.) ¿Cómo tan pronto?
D. BRUN. La Reina ha querido venir á caballo. Las carrozas de la Corte la van siguiendo.
- M. ORÍS Me extrañaba tal anticipación.
- D. BRUN. Pero, señores, qué modo de sufrir. La Reina se ha empeñado un montar un caballo de pura sangre contra la opinión del caballerizo mayor, que no quería entregárselo.
- C. MURA ¡Ah! Es única entre todas
D. BRUN. Súbitamente ella, en una galantería de distinción, lo ha ofrecido al Príncipe Wladimiro, pero él ha renunciado, modesto, á tanto honor... (Riendo.)

- M. ORÍS (Riendo.) ¡Qué situación!
D. BRUN. Y la Reina ha insistido. El Príncipe ha vuelto á excusarse y con un visible enojo se ha mordido los labios. Y entonces sonriendo maliciosa y burlescamente, lo ha montado la Reina. Se ha encabritado el potro, ha dado dos vueltas en redondo y ha partido al galope.
- C. MURA Me satisface tal muestra de valor.
D. BRUN. Ya no podíamos oponernos. Hemos cabalgado todos por ver de alcanzarla. (Se oye la voz de la Reina sin que se la vea todavía.)
- REINA Cuánta hermosura por todas partes.
C. MURA Ya está aquí.
REINA (Entrando.) Y qué dulce paz respirar en esta umbría. (Avanza sola. La siguen, en grupos, muchos caballeros.) ¡Ah! ¡La explanada de mis juegos de niña! Marqués de Orís, buenos días.
- M. ORÍS (Saludando.) ¡Majestad!
REINA Y á vos también, Conde de Mura, ¡Ah! Mi banco predilecto. ¿Y cómo estais aquí, señores, antes que nosotros?
- C. MURA Hemos madrugado para servirlos.
REINA (Sin dejarle terminar.) ¡Oh, qué hermoso florecer de rosas vivas! (Entre los caballeros ha entrado el Príncipe Wladimiro del brazo del Conde de la Torrechica, hablando y riendo los dos en voz baja.)
- D. BRUN. Si le gustan á á Vuestra Majestad... (Yendo á hacer acopio de ellas.)
- REINA No, por Dios, no; que cada una viva donde ha nacido. (El Príncipe Wladimiro va á cortar una rosa y la ofrecerá á la Reina, que, seguida de los caballeros, salta por la derecha.)
- M. ORÍS (Señalando al pabellón.) Si Vuestra Majestad desea descansar...
- REINA No, antes quiero verlo todo.
D. WLA. Señora, os hago ofrenda de mi... de mi esclavitud.
- REINA (Contrariada.) No, Príncipe, no; he dicho que no. (Mirando como si buscase algo.)
- D. WLA. (A media voz.) ¿Qué buscáis, Alexia?
REINA Quisiera... quiero, por vuestra parte la realización de un imposible.
- D. WLA. Lo haré.
REINA Pues tornad al rosal la rosa.

- D. WLA. ESO... (Todos ríen disimuladamente.)
REINA (Dirigiéndose á los demás.) Venid, señores; quiero mostraros un rincón que es un cielo en la tierra; yo lo he soñado tantas veces...
- M. ORÍS Ya os seguimos.
D. WLA. Será un cielo mientras esteis en él.
C. TOR. ¡Muy bellamente dicho!
REINA (A media voz) ¡Qué ridículo! (Los caballeros ríen disimuladamente.) Caballeros; en silencio (Deteniéndose.) porque hay nidos en las ramas. (Se ha llevado un dedo á los labios y todos salen en silencio por la derecha.)

ESCENA V

CONDE DE MURA, MARQUÉS DE ORÍS, que no han salido con la REINA. CABALLERO DE AYMERICH que vuelve del pabellón, y FILIBERTO y GUILLERMO que, con otros guardas, llegan por el fondo

- FIL. (A Guillermo y otros guardas.) ¡Qué raro! ¡No me ha conocido!
- AYM. (Acercándose) ¿Quién nos ha conocido?
- FIL. ¡Quién ha de ser! ¡Ella, Alexia!
- AYM. ¡Callad! Sois capaz de cometer una imprudencia.
- FIL. (Refunfuñando.) ¡Oh! Si llega á verme bien!
- GUIL. Deje ya eso, padre.
- FIL. (Saliedo ya con otros guardas por el otro lado.) Yo te aseguro que si me hubiese visto..
- C. MURA (Al Marqués de Orís.) No siente mucho amor por el Príncipe, su primo. (Riendo)
- M. ORÍS Pero como la boda está concertada de antiguo, acabará por casarse con él.
- C. MURA Qué triste será para ella casarse con Wladimiro que al abandonar le mesa, después de los banquetes, se tambalea.
- M. ORÍS Todo lo va tramando el Gran Duque, su padre, desde que desempeñó la Regencia de la nación y la tutoría de la Reina.
- C. MURA De todos modos será una infamia.
- M. ORÍS ¡Conde, si os oyeran!
- C. MURA ¡Pero como no es su esposa todavía.. quién sabe!

- M. ORÍS ¡Si lo votó el Parlamento al proclamarla
Reinal.
- C. MURA ¡El Parlamento! ¡Qué asco!
- M. ORÍS ¡Silencio! Ya está aquí la Corte.
- C. MURA Y el Gran Duque Esteban llega también
creyendo sin duda que es todavía Regente
del Reino.
- M. ORÍS Debe venir á evitar las situaciones ridículas
de su hijo, vigilándole.
- C. MURA ¿También vos, Marqués? Si os oyeran..
(Riendo.)
- M. ORÍS Sí, sí; tenéis razón. (Riendo también.)

ESCENA VI

Entran precedidos de la Guardia Noble el GRAN DUQUE y PRÍNCIPE ESTEBAN, la DUQUESA DE FONDAINA, la CONDESA DE ROSAMAYA y otras damas, y detrás el SEÑOR DE ARMAÑACH, Caballeros, Ministros y otros personajes de la Corte. Por último algunos guardas del parque, destacándose entre todos FILIBERTO

- D. EST. Marqués de Orís: los carruajes debían poder
llegar hasta aquí mismo ó debía haberse
dispuesto la entrega de las llaves en otro
lugar más á propósito.
- M. ORÍS Alteza...
- D. EST. (Interrumpiéndole.) Porque es fatigosísimo an-
dar tanto tiempo. ¿No es verdad, Duquesa
de Fondaina?
- DUQ. FON. A mí me ha gustado el paseo.
- D. EST. ¿Y á vos? (A la Condesa Rosamaya.)
- C.^a ROS. ¡Pero si Vuestra Alteza es joven!
- D. EST. Como veis, señores, la Condesa de Rosama-
ya me ha llamado viejo.
- DUQ. FON. Si Vuestra Alteza fuese plebeyo... sería... lo
que es. Pero un Príncipe á los sesenta...
cumplidos... (Sonriendo.)
- D. EST. (Interrumpiendo vivamente.) No los he cum-
plido...
- DUQ.^a FON. ... todavía es joven.
(El Príncipe ríe mortificado. Los demás ríen disimu-
ladamente.)
- M. ORÍS Ha sido disposición expresa de Su Majes-
tad que ha querido que tuviera lugar en
este pabellón la ceremonia.

- D. EST. La tristísima ceremonia.
- DUQ.^a FON. (A las damas.) No será tan triste para todos.
- D. EST. ¿Y mi augusta sobrina?
- C. MURA Recorre en este momento los jardines reales.
- D. EST. (Al de Armañach con ironía.) Señor Presidente del Consejo de Ministros, los llama jardines reales.
- SR. ARM. ¡Oh! Todavía lo son. Y si Su Majestad quisiera volver atrás su palabra...
- D. EST. Sería el primer caso en nuestra familia.
- SR. ARM. Quiero decir, Alteza, que suspendiendo ahora el acto de la entrega todavía las Cortes podrían votar que el Parque siguiese perteneciendo á la Reina.
- M. ORÍS ¡Y sería cosa de oír á los diputados republicanos! (sonriendo.)
- SR. ARM. Ya los acallaríamos á los diputados republicanos.
(Mientras tanto las Damas y el Gran Duque con algunos Caballeros pasean por distintos sitios de la escena.)
- C. MURA (Al Marqués de Orís y otros Caballeros.) Solo faltaría que diésemos á Rolant nueva ocasión de lucimiento y que ya sabéis cómo sabe aprovecharlas.
- D. EST. (Ace cándose) Aquí no debe hablarse de esa gentuza. (Con ironía.) ¿Y los Excelentí imos señores de nuestro Municipio, no han llegado todavía?
- C. MUR^a No es aún la hora señalada.
- D. EST. Es que son ellos, Conde, los que debieran esperar y no nosotros.
- DUQ.^a FON. ¡Nosotros! La Reina es la que no debe esperar nunca (Con ironía.) Y... y Vuestra Alteza tampoco, que es el diamante... más ango de la Corona.
- D. EST. Naturalmente, al decir nosotros quiero decir primero y antes que nadie la Reina, pero después de ella, Duquesa, y por gradación, según jerarquía todos los que han nacido en las gradas del trono.
- CABALLEROS Muy bien. Es verdad. Naturalmente.
(También aprueban las damas. Las de Fondaina y Rosamaya paseaban ya por el fondo de la escena.)
- SR. ARM. Sí; porque la Nación la constituyen con el Soberano la alta Nobleza y el Parlamento

que representa toda la patria... que es precisamente lo que Vuestra Alteza ha querido decir.

D. EST. No, señor Ministro. Porque el Parlamento es movable y el trono y la dinastía son fijos, inamovibles, eternos.

SR. ARM. Ciertamente. Porque jurando el Soberano la Constitución que se le ha dado, como sabe Vuestra Alteza...

D. EST. (Mortificado.) O como lo ignora, cuando le conviene. (Tratando de sonreír.)

SR. ARM. (Riendo.) Precisamente...

D. EST. (Irónico.) Precisamente, señores, aquí llega la Reina.

ESCENA VII

DICHOS y la REINA ALEXIA con su séquito y los guardas con
FILIBERTO

M. ORÍs (Anunciando á la Reina y poniéndose á la derecha.)
Señores: la Reina.

REINA (Mirando atrás.) Ahora, caballeros, podéis hablar en alta voz, que ya los nidos están lejos. (Volviéndose hacia los que están en escena.) Señores: buenos días á todos. Tío (Yendo hacia él.) á vos también.

(Dándole la mano para que se la estreche. El la besa ceremoniosamente.)

D. EST. Reina Alexia, buenos días.

REINA (A la de Fondaina.) Hemos visto mecerse en una rama á un pájaro que llevaba en el pico una brizna para el nido. Le hemos asustado y ha huído, pero no ha dejado su presa. (Ríe satisfecha y dice después súbitamente.) Muy bien, muy bien el pajarito que hace el nido. (Después de aplaudir gozosa escucha hacia la derecha como si oyera canto y gorjeos de pájaros. Pausa. Después de meditar un instante.) Señores ministros, oid.

SR. ARM. Majestad. .

REINA Quiero añadir una cláusula en el acta de donación del Parque.

SR. ARM. Todo cuanto desee Su Majestad.

- REINA (Meditando.) Sí. Que nunca, nunca sea permitido cazar pájaros en toda la extensión del Parque ni siquiera disparar al aire tiros que hagan palpar atemorizados sus corazones pequñuelos. (Dirigiéndose á todos.) Libre sea toda cosa aquí. Plantas y flores; pájaros... y hombres.
- SR. ARM. Y OTROS CABALLEROS. Muy bien, muy bien.
(Ha entrado un caballero que ha hablado con el Marqués de Orís.)
- M. ORÍS Señor ministro... (Sigue hablando con Armañach.)
D. WLA. (Irónico.) Yo, señora, os doy las gracias en nombre de los pájaros.
- REINA Oh, ellos mismos me las dan y con más dulce voz. Oídes.
- SR. ARM. Si Vuestra Majestad me lo permite...
REINA Hablad.
SR. ARM. El Ayuntamiento de la ciudad pide que, después de él le sea ya permitida la entrada á todo el mundo...
- REINA Oh, sí, sí; á todo el mundo.
D. EST. Considerad, señora, que entre el pueblo hay quien os aborrece.
- SR. ARM. A la Reina, no.
D. EST. Es preciso reconocer si alguien llega armado...
- SR. ARM. (Al Gran Duque Esteban.) ¡Por Dios!...
REINA Odiarme, aborrecerme á mí. ¿Por qué? ¿Por qué á mí? No... no. Que entren todos. ¡De par en par las puertas!
D. EST. Alexia; prudencia.
(Las damas y los caballeros hablan entre ellos á favor ó en contra de que se abran las puertas.)
- REINA (Como si no lo oyese.) Todos, todos aquí.
C. MURA (A los caballeros.) Pero si hay peligro. .
REINA (Con sencillez.) Todo el mundo, que así lo quiere la Reina.
(Las damas y los caballeros, conversando entre sí, la van siguiendo hacia el pabellón. Al hallarse todos cerca del primer escalón, Filiberto se acerca á la Reina y le presenta el arma un poco ridículamente.)
- FIL. Señora...
REINA (Deteniéndose.) ¡Oh, yo os conozco! Sois aquel buen guarda que tanto me quería cuando era pequeña.
FIL. Sí, señora.

REINA Y cuando crecí, también.
FIL. (Riendo.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah!
REINA ¡Cuánto tiempo que no os veía!
FIL. Mucho. Desde aquel día que montásteis el
Hormiguillo. (Riendo.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah!
REINA Sobre sus lomos he venido. He querido que
conociera el lugar donde nació.
FIL. El es un diablo y vos... (Riendo.)
REINA Yo también. (Sigue andando sonriente.)
FIL. Hasta otra, señora. (Las damas y los caballeros
ríen.)
REINA Adiós... buen guarda. (No recuerda el nombre y
sube los escalones. Se detiene un instante pensando.)
No me acuerdo de su nombre. No me puedo
acordar. (A una dama. Entra en el pabellón. Detrás
de ella toda la Corte.)
FIL. (A Guillermo.) ¡Me ha conocido! ¡Me ha cono-
cido!
GUIL. ¡Calle!
FIL. ¡Ya lo sabía yo!

ESCENA VIII

MARQUÉS DE ORÍS, el Ayuntamiento de la ciudad precedido de los
maceros y detrás pueblo, hombres y mujeres. Entre los hombres
JUAN MANÍAS, TOAST y TORNAMIKA

M. ORÍS (Saliendo del pabellón.) Adelante, señores. (A los
del Ayuntamiento que se han detenido en el fondo de
la escena.) Señor Alcalde... (Dándole la mano.)
ALC. Señor Marqués....
(Guardando la puerta del pabellón han quedado dos
soldados de la Guardia Noble.)
M. ORÍS (Saludando con una inclinación de cabeza.) Seño-
res...
ALC. ¿Su Majestad?
M. ORÍS Aguarda en el pabellón.
(El Ayuntamiento va entrando en el pabellón.)
PUEBLO Sigámosles. Entremos. Entremos todos.
M. ORÍS No. Sólo hasta aquí.
TOAST Ésta es ya nuestra casa.
M. ORÍS Perdonad. Todavía no. (Murmullos.)
TORN. Esperemos, ciudadanos.
M. ORÍS Señores: breves instantes. Muy breves. Guar-
dias, orden.

(Los soldados de la puerta no permiten acceso á nadie al pabellón. El pueblo se resigna. El Marqués de Orís entra en el pabellón.)

ESCENA IX

JUAN, TOAST, TORNAMIRA y gente del pueblo. Entre ésta aparece el primero

- TOAST Juan, ¿tú aquí?
- JUAN Y tú, ¿cómo has venido?
- TOAST Tornamira; aquí tenéis á Juan.
- TORN. Tan revolucionario y aquí, ¿eh?
- JUAN Sí; ya sé que no debíamos haber venido.
- TOAST No. Porque por el Comité nos fué mandado no poner los pies en el Parque hasta que fuera nuestro. (Indignado. señalando á Juan.)
- JUAN (También indignado.) Sí, sí; que hiciéramos el vacío en torno á la Monarquía.
- TOAST Pues todos hemos cumplido.
- TORN. Pero de todos modos, viendo de cerca á esta gente se aprende mucho.
- JUAN Como que yo he venido para acumular más odio contra la Monarquía. Ya le tengo, ya, que hasta no se cómo desahogarlo.
- TORN. Bueno; pero aquí disimúlalo, ¿eh?
- JUAN ¡Si me dan unos deseos de gritar, cuando ella salga, muera la Reina!
- TOAST Mira, si tan rabioso deseo sientes, hoy por hoy te vas á un campo desierto donde nadie pueda oírte desde una hora á la redonda y... allí gritas cuanto quieras.
- JUAN A vosotros os compadezco. (Se dirige á otros grupos.)
- TORN. (A Toast.) Yo soy tan republicano como el señor Rolant, que es todo lo que puede decirse. Pero esto conviene callarlo en público.
- TOAST ¡Hombre, tanto como callarlo!
- TORN. Y la tienda, ¿eh? ¿Y la tienda? (Juan vuelve á acercárseles.)
- JUAN ¡Cuántos papanatas! ¡Eh!
- TORN. Sí, muchos. (Apartándose.) Este hombre llega á comprometer.
- JUAN Hasta que yo me decida y... (Acercándose a Tornamira.)
- TORN. Bueno, sí. (Queriendo separarse. Toast ríe.)

- JUAN (A Tornamira.) Ya se irá desengañando el pueblo, ya. Tú no has oído nunca mi voz... natural gritando exaltado.
- TOAST (A las señales que Tornamira le hace para que lo haga callarse.) Sí, todo el mundo la ha oído.
- JUAN (Por Tornamira.) Es que éste...
- TORN. (Rápidamente.) Sí, hombre; aquel que en los mitines quiere matarlo y acabarlo todo, ¿no?
- JUAN (Dándole la mano, muy serio.) Servidor.
- TORN. (Asustado, á Toast.) Vámonos.
- TOAST Déjale hablar.
- JUAN (Señalando el pabellón.) Todo eso es madera vieja y carcomida.
- TORN. Me parece que me voy.
- JUAN Si alguien iba por la otra parte con virutas secas y un fósforo.
- TOAST ¡Calla!
- TORN. (A Toast.) Quítale los fósforos. Quítaselos.
- MUJER (En otro grupo.) Es hermosa como un sol la Reina.
- PUEBLO Sí que es hermosa. Muy hermosa.
- JUAN (Acudiendo precipitadamente.) ¿Quién dice que es hermosa?
- MUJER Yo lo digo. ¿Y qué?
- JUAN ¿Y cómo lo sabes que es hermosa? Veamos, ¿cómo?
- MUJER Porque la veo.
- OTRAS Y nosotras también lo vemos.
- JUAN ¡Y que habéis de ver vosotras! Porque va también vestida, tan engalanada y tan lujosa, ¿eh? ¿Pues sabéis de quien es todo lo que ella luce? Nuestro, sí; nuestro, porque ella absorbe toda nuestra sangre como un gran dragón que todo se lo traga.
- HOMBRE No es verdad. Ahora mismo nos regala el Parque. (Juan ríe exageradamente.)
- MUJER Y de él dispondremos á nuestro antojo.
- OTRA Y por él pasaremos.
- OTRAS Sí. Naturalmente. Ya lo creo.
- JUAN (Indignado.) Y plantareis coles y patatas, ¿eh? Y vendreis á recoger setas y caracoles, ¿eh? ¡Desgraciadas! Teneis una venda en los ojos. Ni una flor sereis dueñas de arrancar de... vuestros jardines.
- MUJER ¿Qué dice éste? (Las otras mujeres se indignan también)

- JUAN Hala, ¡bestias!
- MUJERES Fuera. ¡Que se lo lleven!
- TORN. (A Toast.) Créeme, lo prenderán.
- TOAST Oh... lo detienen muy á menudo. (Intervienen los guardias.)
- HOMBRES Es este hombre.
- MUJERES Nos maltrata. Debe ser loco.
- JUAN (A Tornamira y Toast.) Todo está podrido. No sé si sabré dominarme cuando vuelva la mojiganga.
- TORN. ¡Hombre!
- TOAST Pero si lo dice para que lo sujetemos.
- JUAN (Dirigiéndose á otro grupo.) ¿Sabeis, muchachos, cuánto cobra cada año la Fulana por sus fechorías? Pues una millonada de millones. Y en tanto nosotros nos morimos de hambre y de miseria.
- HOMBRE ¡Y que debe hacerse unos requisitos!
- OTRO Yo he oído decir de un rey que comía lenguas de canario.
- MUJER ¿Cuántas al día?
- OTRA ¿Cómo las guisaban? (siguen bromeando.)
- HOMBRE ¡Me hacen gracia estas!
- JUAN Sí, reid, reid, que ¡voto á...! si esto no se acaba, día llegará en que lloreis demasiado. Pero se acabará, ¡voto á...! porque nosotros... (Mirando á Tornamira y á Toast.)
- TORN. Tú, tú.
- JUAN Tenemos alientos para destruirlo todo, ¡voto á...! (Mientras va hablando, parte del pueblo le va volviendo la espalda comprendiendo que la ceremonia ha terminado en el pabellón.)
- PUEBLO Ya vuelven. Vienen. Ya están aquí.
- JUAN ¿Cómo dominarse y sosegarse ahora?
- TOAST Todavía no vienen.
- MUJERES Dejádme pasar, que la veré. Yo quiero verla. Yo soy primero.
- FIL. (Que ha entrado con otros guardias.) Yo delante. ¡Yo, que á mí me conoce! (Se coloca á los pies de los escalones del pabellón. El pueblo procura acomodarse á gritos y empellones.)
- JUAN (Insultándolas.) ¡Burras! ¡Bestias! ¡Monárquicas!
- TORN. (A Toast.) ¡Ay! ¡ay! ¡pobre Juan!
- TOAST En seguida lo amansaré. Ya verás.

ESCENA X

LOS MISMOS y ALEXIA, con todo su real cortejo. Primeramente aparece en lo alto de la escalera el MARQUÉS DE ORÍS, solo

- M. ORÍS Su Majestad la reina. (Murmullos entre el pueblo. Salen primero servidores de palacio de dos en dos. Mientras tanto se entabla el siguiente diálogo.)
- JUAN (A Tornamira.) Damos el grito. ¿Va?
- TORN. No.
- TOAST ¡Juan!
- JUAN Sólo por la república. (Empieza á verse á la Reina.) ¡Viva la...!
- TOAST Que Rolant te matará. (Juan calla dominado.) Haz lo que nos manda.
- JUAN Siempre. (Se aparta calmado.)
- TOAST Todo llegará.
- JUAN (Al oído de Toast.) ¡Viva la república!
- TOAST De este modo, sí.
- JUAN (Repitiéndoselo á sí mismo.) ¡Viva la república! (La Reina ha descendido los escalones y detrás de ella las damas y los caballeros. Continuos murmullos entre el pueblo.)
- FIL. ¡Retiraos! ¡Dejad que me vea! ¡Retiraos!
- REINA (Deteniéndose al verle.) Ahora me acuerdo, Filiberto, ¿verdad?
- FIL. Eso es. Como tú Alexia.
- GUIL. (A Filiberto.) ¿Qué dice?
- FIL. (Gritando.) ¡Que viva Alexia!
- REINA Muy bien. Gracias. (Le acerca á los labios la mano que él besa.)
- M. ORÍS (Gritando.) ¡Viva la Reina!
- PUEBLO ¡Viva! (Filiberto quiere seguir detrás de la Reina victoreando á Alexia. Los cortesanos, apartándole, le van dejando atrás, pero él va siguiendo entre los cortesanos y es el último en desaparecer. Los vivas y las aclamaciones continúan hasta que la comitiva está lejos. Juan se tapa los oídos para no oírlos. Al desaparecer el último cortesano salen los regidores del pabellón y se detienen en lo alto de los escalones.)
- TORN. ¡Ah! El Ayuntamiento.
- TOAST (Al pueblo.) Callad. Escuchemos. (Silencio.)
- ALC. Ciudadanos: como Alcalde y en nombre de la ciudad, que es la capital del Reino, he

tomado posesión de este parque magnífico que en un magnánimo impulso de su corazón generoso nos ha cedido á perpetuidad la serenísima Reina Alexia. Ciudadanos: desde estos momentos solemnes estos bellos jardines, estos lugares magníficos cuya extensión no alcanza á medir la vista, son propiedad de todos los ciudadanos. Ciudadanos, ¡viva la Reina!

PUEBLO ¡Viva! ¡Viva! (El Ayuntamiento va descendiendo del pabellón.)

JUAN (Rabioso.) ¡Viva el pueblo!

PUEBLO ¡Viva! ¡Viva la Reina! ¡Viva!

JUAN ¡Ira de Dios! Viva la...

TOAST (Dándole un empujón y tapándole la boca.) ¡Viva la nación!

PUEBLO ¡Viva! ¡Viva! (Mientras tanto el Ayuntamiento ha ido saliendo también por el fondo seguido del pueblo.)

JUAN (Sentándose en el poyo muy indignado.) ¡No puedo contenerme! ¡voy á estallar! (Como llorando de rabia.)

TORN. Debieras tomar un calmante.

JUAN Y tú un excitante. Un veneno quisiera tomar para no ver lo que ahora he visto aquí, un pueblo que se está perdiendo sin dignidad, sin vergüenza y sin... nada.

TOAST Bueno. Bueno, hombre, ya lo sabemos.

JUAN ¡Qué habéis de saber vosotros si sois unos malos republicanos! Sí, sí; tú y éste; unos malos republicanos.

TORN. ¡Esa es buena!

JUAN Traidores y retraidores. Que hasta que se haga un escarmiento con vosotros colgando á una porción como banderas...

TOAST ¿Vienes, Tornamira?

TORN. Sí, sí.

JUAN Traidores, sí; ¡traidores! ¡Pillos! ¡Capitanes Arañas! ¡Judas! La vais á pagar ahora todas juntas... (Va á tirarse sobre ellos, que hacen burla de él.)

ESCENA VI

DICHOS y ROLANT, FRITS, ALDRET y OTROS, que vienen por la derecha

- ROLANT ¡Juan!
(Juan queda parado en seco.)
- TOAST (Contento.) ¡Rolant!
- JUAN ¡Señor Rolant! ¡Qué alegría!
- ROLANT Ya te hemos oído.
- JUAN ¿Usted aquí también? (Cogiéndole la mano que Rolant, distraído, no le alargaba.) Chóquela. (Riendo.) Vaya, vaya.
- ROLANT Sí; hemos esperado á entrar á que el Parque fuese de todo el mundo ¿Se está bien aquí, verdad?
- ALDRET Muy requetebién.
- FRITS Me está pareciendo que vendré muy á menudo.
- ROLANT Era una verdadera lástima que de este sitio fuese amo una sola persona. (Se sienta en el banco y se apoya en el mismo sitio en que se había apoyado la Reina.)
- FRITS Y que nunca lo visitaba.
- JUAN Qué, ¿la habéis visto?
- ROLANT ¿A quién?
- JUAN A... á eso. A esa... persona.
- ROLANT (Muy naturalmente.) ¿A la Reina? No. Todavía debe estar en la parte alta del Parque, porque hemos oído trotar los caballos... ¿Cree-
rías que no la he visto en mi vida?
- TOAST (Riendo con malicia.) Nosotros, sí. ¿Eh, Juan?
- JUAN Sí; sino que cuando ella está delante yo me encasqueto más la gorra. Así. (Aldret y otros ríen; Rolant sonríe.)
- TORN. (Calmándolo.) Vamos, vamos.
- JUAN (A Tornamira.) Y tú te descubres por prudencia.
- ROLANT Pues yo cuando encuentro á la Reina en mi camino tuerzo por otro. Yo no tengo que afirmarme el sombrero como Juan.
- ALDRET Para Juan la Reina es como una corriente de aire: lo constipa.
- JUAN (Muy en serio.) Eso es.

- ROLANT ¿Y cuando tengamos la República te quitarás la gorra?
- JUAN ¿Si me la quitaré? Así. (Echándola al aire.)
- ROLANT Por ahora, pónstela.
- JUAN Maldita sea. (Rolant recoge la gorra y se la da.)
¡Ah! ¿Usted? ¡Gracias! (Riendo y contemplándolo con admiración. Los otros también ríen.) Pero cuando veo que todos... (Mirando á los otros resentido.)
- ROLANT Déjalos reír, Juan.
- JUAN A veces pienso que le ofendo á usted, señor Rolant, tomándolo todo tan á pecho. Porque yo ya sé que cuando usted no lo hace, nosotros á obedecer y á callar. Pero soy todo yo un hormiguillo y tengo unos deseos locos de sacrificarme por la República. (Enterneciéndose. Los otros sonrían.)
- ROLANT (Abrazándole fuertemente.) Y vénme aquí, que eres un gran hombre tú, con un corazón tan bueno que casi me haces llorar.
(Juan se deja abrazar, conmovido, con los brazos caídos.)
- JUAN Por la República haría yo... (Medio llorando.)
- ROLANT Sí, Juan, sí. Por la República, que la alcanzaremos. Yo te aseguro que la alcanzaremos. Y más pronto de lo que muchos se figuran.
- JUAN (Conmovido.) ¡Así la boca le creciese un palmo! (Los demás sonrían.) Y acuérdesse de mí si se necesita un hombre que dé su vida por la República... (Dándose un golpe en el pecho.)
- ROLANT Ya lo sé, Juan; ya lo sé.
- JUAN Si me mandara que fuese un día á hundir el cuchillo en el corazón de una... persona...
- ROLANT ¡Ah! no. Esto no. Nunca en la vida, Juan.
- JUAN (Rápidamente, sin saber qué decir.) Es que... es que...
- ROLANT Matar así, nunca. Trabajar día y noche para ganar voluntades, sí. Y ya tenemos la voluntad del pueblo, que es todo nuestro. ¿Pero matar, asesinar? Juan: ¿lo has dicho tú? A ver; mírame. (Volviéndose cara á él.)
- JUAN No sé si lo he dicho. Pero, ¿no haremos la revolución nosotros?
- ROLANT Eso sí, ¿ves? Eso sí. Levantar el país un día

en que ya todo esté á punto, y una vez en la calle, si no hay otro medio, exponer la vida y bregar firmes, y dar la sangre, si es preciso, para que triunfen nuestros ideales, sí. Y ya verás entonces como no seré yo de los rezagados.

- FRITS } Ni yo.
Y OTROS } Ni yo.
 } Ni ninguno.
- JUAN (A Tornamira.) Ya lo oyes.
TORN. Sí.
JUAN (A los demás, á media voz.) ¡Y entonces qué gran matanza haremos!
- ROLANT (Rápidamente, contrariado.) ¡No digas esto, por Dios! ¡Ojalá aquel día pueda renovarse todo sin que cueste una gota de sangre. ¿Verdad, amigos, que sería hermoso?
- TORN. (A Juan.) Ahora te toca á ti.
JUAN (Mortificado.) Sí.
FRITS Ya lo creo, pero no podrá ser.
ROLANT Mucho me lo temo
JUAN De ese modo la revolución no sería una cosa seria.
- ROLANT (Acogotándolo cariñosamente.) Escucha, ven.
JUAN Porque sin un gran escarmiento... (Amenazando con la mano.)
- ROLANT (Con energía.) Prométeme que no dirás nunca más estas cosas. Y que no pensarás nunca más en navajas, revólvers y matanzas. ¿Te figuras, infeliz, que matando un rey se desmorona este mundo caduco que sostiene la Monarquía?
- JUAN (Temeroso.) Muerta la víbora...
ROLANT (Poniéndole las manos sobre los hombros.) Mira: procura matar en las almas las malas ideas, haciendo resaltar su maldad. Trabaja para acercar unos hombres á otros, demostrando, con la eficacia de los ejemplos verdaderos, lo perjudiciales que son las monarquías en todas partes y particularmente en nuestra nación; lo inútil que resulta esta Reina que, á buen seguro, en el fondo de su conciencia no es nadie, simplemente una muchacha sin voluntad que lejos del trono sería quizás una buena mujer de su casa, pero que ahora no puede serlo porque la gobierna

gente ambiciosa y cualquier día la casarán, contra su voluntad, con un hombre que es muy posible que valga menos que ella. Porque la mujer, por naturaleza, no acostumbra á tener malas entrañas, sino al contrario, sobre todo si ve de cerca la desgracia; pero la Reina no las ve ni de cerca ni de lejos, y cuando le hablan de alguna lo hacen demasiado aprisa. Juan, prométeme que no harás nunca más estas amenazas.

JUAN (Enternecido.) Yo le prometo que le creeré en todo y que sólo haré lo que se me mande.

ROLANT Sí, compañeros, porque no puede irnos mejor de lo que nos va. En el Parlamento tenemos una minoría batalladora que me sigue en todo y que cada día pone en un compromiso al Gobierno. Los Ayuntamientos de los pueblos son nuestros; el de la capital también lo es, si bien algunos concejales disimulan ligados por sus intereses; pero cuando llegue la hora seguirán.

ALDRET Y usted será el Presidente de nuestra gran República.

FRITS Naturalmente. (Todos asienten.)

ROLANT No me digais esto nunca más.

JUAN ¡Viva el Presidente de...!

TOAST y OTROS. Calla.

ROLANT Mi vida ya la sabéis. Tramé conspiración; me desterraron. Se ha acabado el destierro y he vuelto á mi trabajo. Al venir de América mis amigos de allí me dijeron al embarcarme: «Te esperamos, Rolant.» Y yo les grité cuando el vapor zarpaba: «Volveré si triunfamos; si no vuelvo habré muerto.» (Con resolución y energía.) Y yo sé que volveré.

FRITS No le dejaremos ir.

ROLANT Desde allí veré á mi patria grande y feliz. ¡Y con qué orgullo, amigos!

ALDRET No consentiremos que se vaya.

TOAST De ningún modo.

JUAN ¡Quiá!

ROLANT Tengo mucha voluntad, ya lo sabéis. Y ahora, amigos míos, dejadme ver todo este parque, que no lo conocía.

FRITS (A Aldret.) VAMOS. (Van saliendo por el fondo.)

JUAN (Aparte y saliendo por el otro lado.) Y yo á mi casa á guardar la navaja.

ROLANT (Saliendo con los suyos que le escuchan agrupados.) Sino que todo ha de llevarse en secreto, porque las revoluciones...

ESCENA XII

FILIBERTO y GUILLERMO. Después CABALLERO AYMERICH y tres Criados saliendo del pabellón

GUIL. ¡Qué modo de escaramuzear el caballo de la Reina!

FIL. Es que al potro le sabe mal marcharse, porque se acuerda de que aquí nació.

GUIL. Pero ella lo ha hecho salir y ya deben de llegar á la ciudad.

AYM. (A los criados desde la puerta del pabellón.) Ya estamos listos y podéis retiraros.

GUIL. ¿Ya se marcha usted, señor Aymerich?

AYM. Sí; todo queda como estaba, aunque más limpio.

GUIL. Qué gran fiesta, ¿verdad?

AYM. (Que ha bajado la escalera.) Ahora cerraré el pabellón, y me han dicho que mande las llaves al Alcalde. (Vuelve á subir la escalera para cerrar.)

FIL. ¡Hubiérais visto como nosotros á Alexia!

AYM. La Reina tiene demasiada afición á montar á caballo. (Cierra la puerta del pabellón. Fuera de la escena se oyen gritos de hombre.)

GUIL. ¿Habéis oído?

FIL. Algún jabalí que habrá cruzado el bosque.

AYM. (Mirando desde lo alto de la escalera.) ¡Dios mío!

GUIL. ¿Qué es?

AYM. ¡Y está la Reina! (Corriendo hacia el fondo.)

FIL. ¿Dónde?

AYM. (Desapareciendo.) ¡El caballo desbocado!

GUIL. (Desapareciendo también.) ¡Ay, la Reina!

FIL. (No pudiendo correr mucho.) ¡Qué gran desgracia! (Viendo llegar á Aldret.) ¿Qué ha pasado?

ESCENA XIII

DICHOS y la REINA ALEXIA. ROLANT y sus amigos cuando se indique

ALDRET La traen al pabellón. (Corriendo hacia la escalera.)

FIL Qué, ¿se ha hecho daño?

ALDRET (Forcejeando por abrir.) Rolant la ha salvado. No se puede abrir.

FIL Todos han salido.

TOAST (Desde el fondo.) Ya vienen. Ya la traen.

AYM. (Yendo á abrir el pabellón.) Yo tengo la llave.

ALDRET Ya están aquí.

(Entra Rolant llevando en brazos á la Reina, rodeado de los suyos y la cabeza descubierta.)

FIL (A media voz.) ¡Pobrecita!

AYM. (Volviendo al grupo.) Por aquí... por aquí. (También á media voz. Los otros van adelantando.)

FRITS Allá dentro no. Aquí al aire libre.

GUIL. En este banco.

ROLANT Dejadme, dejadme á mí. (Depositándola en el banco.)

AYM. Majestad...

GUIL. ¡Qué desgracia!

(Filiberto llora en silencio.)

ALDRET (A Rolant.) ¿Está usted herido?

ROLANT No lo sé. Todo esto me parece un sueño.

FRITS ¡Qué raro que fuese sola!

ROLANT Debe haber retrocedido el caballo. Los demás ya debían estar en la ciudad. (Todo dicho rápidamente por no distraer su atención fija en la Reina. Súbitamente, acercándosele mucho.) Respira. (Llamándola respetuosamente.) Señora... Vuestra Majestad quisiera...

ROLANT (Apartándole y dándole á entender que no la importuna.) No...

GUIL. No abre los ojos.

FRITS (A media voz.) Quizá un poco de agua.

(Sale Guillermo á buscarla.)

ROLANT No gritéis. A ver el pulso.

AYM. Con todo respeto, que es Su Majestad.

ROLANT (Bondadosamente.) Apartad... (Escuchando las pul-

- saciones. Todos callan.) Siento mi pulso pero el suyo no. (Molesto.)
- ALDRET
FRITS ¡El agua! (Viendo que no llega.)
Los suyos deben haber quedado lejos.
(Rolant mira á la Reina fijamente y en silencio.)
- AYM. (En voz baja.) Ha movido un brazo. Ha abierto los ojos.
- REINA ¡Ah! (Respirando.)
FIL ¡Está viva!
TOAST Callemos y apartémonos, que extrañaría...
(Rolant mirando fijamente á la Reina no se mueve de su sitio.)
- REINA ¿Dónde estoy? (Pausa. Mira hacia todos lados.)
¿Quién hay aquí?
- AYM. ¡Ay, señora!
(Vuelve Guillermo con el agua que ya no se necesita.)
- REINA ¡Aymerich! (Pausa.) ¿Qué significa todo esto?
AYM. Vuestra Majestad se halla en el Parque.
REINA ¿Sí?
AYM. El caballo se había desbocado y estaba cerca de un despeñadero. Ibais á... (No atreviéndose á acabar de decirlo. Todos se han apartado con respeto, menos Aymerich que queda callado sin saber qué decir.)
- REINA (Pausa. Volviendo á mirar hacia todos lados.) Sí... sí. Se ha desbocado. Ya íbamos á entrar en Palacio y él todavía quería volver aquí. (Recordando.) Y ha dado un salto y ha vuelto grupas. Como un rayo ha deshecho el camino, que nadie hubiera podido alcanzarle, y aquí... un hombre se ha puesto delante del caballo... y no sé nada más. (Pausa. Mirando á todos. De repente se fija en Rolant.) Este hombre tiene sangre en la mano. (Levantándose.)
- ROLANT ¿Yo sangre? No. (Escondiendo la mano.)
REINA Usted. Ha sido usted quien me ha salvado la vida...
- ROLANT Señora... (Ella apoyándose en el banco le mira silenciosa. Después dice:)
- REINA Usted... Exponiendo la suya... Dígame su nombre.
- ROLANT He cumplido mi deber. Cualquiera en mi lugar... (Pausa. Ella le mira silenciosa.) Y ahora, señora, yo os saludo... (Ligera inclinación de cabeza y se dispone á retirarse.)
- REINA No. Se lo suplico.

ROLANT Debo salir de aquí.
REINA (Rápidamente.) Un minuto.
AYM. ¡La Corte! ¡La Corte!
ROLANT (A sus compañeros.) ¡Sacadme de aquí, por Dios!
FRITS VAMOS. (Los caballeros invaden la escena.)

ESCENA XIV

DICHOS y la CORTE

D. WLA. (Rápidamente.) ¡Alexia!
C. MURA (Rápidamente.) ¡Señora y Reina!...
M. ORÍS ¡Majestad!... (Todos se han precipitado hacia ella.)
REINA (A los cortesanos.) ¡Oh, sí... salvada, sí! Pero, ¿dónde está? (A los partidarios de Rolant, que se lo llevan.) ¡Ah! Abridme paso. ¡Paso! (Yendo hacia Rolant, que queda visible.) Señores, caballeros, vuestra Reina tiene la alegría de presentaros á su salvador.
ROLANT Señores... (Todos los cortesanos esperan que siga.) amigos y compañeros, vámonos.
C. MURA (A los suyos á media voz y muy sorprendido.) Es Rolant!
OTROS ¡Es Rolant! ¡Es Rolant!
D. WLA. (A Rolant.) Nuestro agradecimiento por la Corona que habéis salvado.
(Rolant le vuelve las espaldas sin brusquedad, pero sin decir palabra.)
REINA Señor Rolant: vuestra Reina... (Sonriente alargándole la mano para que la bese.)
ROLANT No... (Sin brusquedad, moviendo solo la cabeza. Un caballero habla en voz baja á la Reina.)
REINA ¡Y qué importa! Señor Rolant: la mujer salvada le dice al caballero salvador, poniendo en sus palabras todo su corazón de mujer: muchas gracias, caballero. (Vuelve á tenderle la mano.)
D. WLA. Besadla, pues (Rolant va á retroceder un paso.)
REINA (Rápidamente.) Y esta mujer quiere estrechar la mano de su salvador.
ROLANT Eso sí. (La Reina ríe agradecida.)
REINA Sí; muchas gracias, todavía (El la obliga á desprender su mano y va para marcharse.) ¡la mano herida! ¡la mano herida! (Al estrecharle la mano.

Los cortesanos á un lado murmuran disgustados. Al otro los republicanos también. Cae el telón mirando la Reina á Rolant con mirada bondadosa y Rolant retrocediendo muy emocionado, sin saber apartar sus ojos de ella. Los cortesanos y los republicanos se encaran como si fueran á insultarse.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



161

ACTO SEGUNDO

Cámara de la Reina. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.
Dos más grandes en el centro, muy cercanas

ESCENA PRIMERA

GRAN DUQUE ESTEBAN y CABALLERO DE AYMERICH. Llegan por la puerta central izquierda. El Gran Duque va delante

- D. EST. ¿Está en Palacio mi sobrina?
AYM. Su Majestad la Reina está en sus habitaciones.
- D. EST. ¿No ha salido hoy?
AYM. No, Alteza.
- D. EST. Ha sido muy visitada, ¿verdad?
AYM. Mucho. Su Majestad debe de haber sentido fatiga. Todo el mundo la felicitaba por su suerte de ayer.
- D. EST. ¿Supongo que ya han matado el caballo?
AYM. Todo lo contrario. Su Majestad ha recomendado que se le cuide mucho. Ha dicho que quería volver á montarlo.
- D. EST. (Aparte.) ¡Qué tozudez! (En voz alta.) ¿Ha venido el embajador de la Albenia?
AYM. También ha estado aquí.
- D. EST. ¿Ha hablado á solas con la Reina?
AYM. No puedo decirlo á Su Alteza.
- D. EST. (Entre irónico y agresivo.) ¿No puede, Caballero de Aymerich?
AYM. Por varios motivos: primero porque lo ignoro y segundo... (No queriendo decirlo.)

- D. EST. Huelga el segundo.
AYM. Si Su Alteza quiere ser anunciado á Su Majestad ..
D. EST. No es preciso: puede retirarse. (Aymerich, después de saludar, sale por el fondo, puerta izquierda.)

ESCENA II

GRAN DUQUE ESTEBAN y DUQUESA DE FONDAINA. El Gran Duque se pasea nervioso. Después llega por la puerta central izquierda la Duquesa, que va muy de prisa á salir por la derecha

- D. EST. ¡Duquesa de Fondaina!
D.^a FON. ¡Príncipe! (Sonriente.) No había visto á Su Alteza.
D. EST. A mí, desde que terminó mi regencia, ya nadie me ve en esta casa.
D.^a FON. ¡Oh, perdonad, Príncipe; Su Alteza, después de la Reina, es la primera figura de la nación!
D. EST. (Cortesano y galante.) Pero al lado de la Reina la primera figura es una cierta ilustre y noble dama que yo me sé... de un talento tan esclarecido como sus virtudes, que son imponderables.
D.^a FON. (Riendo con picardía.) ¡Alteza!
D. EST. Y en quien descansa el corazón de nuestra amada soberana. (Ella mira impaciente hacia la derecha.) Os ruego que os sentéis.
D.^a FON. Debo ver á Su Majestad..
D. EST. Que os sentéis. (Ella se sienta. El no.) Y ya que vuestra fidelidad á la monarquía es tan grande como acendrada, yo os ruego, señora Duquesa que aconsejéis á Su Majestad la Reina que fije de una vez su situación..
D.^a FON. No comprendo.
D. EST. Que tome estado; que no es de bien ver que dure tanto su situación de regia soltería. La nación lo quiere, la nación se queja de esta anormalidad de la Reina. El día que mi sobrina se case será grande la alegría en toda la nación. Los servidores leales á la monarquía lo serán todavía más, y los enemigos que la combaten depondrán sus odios, viendo cómo se aleja la posibilidad, tan viva

hoy, de que, muriendo sin sucesión la soberana, puedan desmoronar el Trono y llevar á la nación, que tanta sangre nos ha costado, por los caminos de desenfrenadas aventuras. (Tose satisfecho)

D.^a FON. Muy bien, Alteza, muy bien. Sino que yo no puedo decirle estas cosas á la Reina. En primer lugar...

D. EST. ¿Vos también?

D.^a FON. Porque carezco de ese gran talento de persuasión de Su Alteza. (Irónicamente.) ¡Oh, si Su Alteza le hablase como ahora á mí, ya estaríamos en camino de poder llevar pronto á las Cortes el nombre del futuro Rey consorte. (Se levanta para irse.)

D. EST. Todavía un instante. Perdonad. (Ella se sienta suspirando.)

D.^a FON. Pero.. Príncipe; con quién se casará nuestra soberana, ¿con el Infante de la Esbarnia el Gran Duque Enrique?

D. EST. ¡Ah, no!

D.^a FON. Es cojo el pobrecito. ¿Con el heredero del pretendiente al Trono de Solvia?

D. EST. ¡Un hijo de pretendiente!

D.^a FON. Con el Infante de la Armorabia no puede ser, pues dicen si está anémico de... de...

D. EST. ¡Por Dios!

D.^a FON. Con el Gran Duque de Sarrenta, que es el predilecto de nuestro Ministerio liberal...

D. EST. Eso nunca. Mejor la quisiera muerta. (Quedan mirándose uno y otro.)

D.^a FON. Queda vuestro hijo.

D. EST. (Ofendido.) ¿Queda? ¿Queda? Es el primero en derechos á compartir la corona, Duquesa de Fondaina.

D.^a FON. Precisamente lo he dejado para último...

D. EST. ¿Y por qué?

D.^a FON. Acaso porque empezando por el otro extremo es el primero. (Ríe con fingida volubilidad.)

D. EST. Sangre real, como la de la Reina, lleva el Gran Duque Wladimiro en sus venas, Duquesa de Fondaina. Yo, desde que la Reina Alexia quedó huérfana, porque no cayera de su tierna cabeza infantica, he sostenido hasta ayer, puede decirse, el peso de la corona; he conservado sus regias prerrogati-

- vas, he hecho que la aumentasen la lista civil...
- D.^a FON. (Levantándose.) Pero ahora Su Majestad me espera.
- D. EST. (No dejándola salir) Sino que vos, señora Duquesa, no teneis buena voluntad á mi hijo.
- D.^a FON. ¿Cómo, si soy siempre la primera en celebrar las donosas muestras de su ingenio?
- D. EST. Y el fingimiento me ofende.
- D.^a FON. ¡Oh, perdón, Alteza, tengo en tanta estima á vuestro hijo, que, si pusiese, lo casaría con una Reina que reinase sobre medio mundo y que fuese la más poderosa soberana de la tierra.
- D. EST. Siendo así, Duquesa...
- D.^a FON. (Rápidamente.) Sí, porque, de esta manera, Príncipe, dejaría en paz para siempre á nuestra graciosa soberana.
- D. EST. (Altanero.) ¡Duquesa de Fondaina!
- D.^a FON. Muy humilde servidora de Su Alteza Real el Gran Duque Esteban. (Saludándole afectuosamente y dejándole estupefacto.) Pero he oido á Su Majestad. (Escuchan los dos. Después, como quien se saca un peso de encima, dice la Duquesa:) ¡Ah, ya está aquí la Reina! (La Reina llega por la derecha.)

ESCENA III

REINA ALEXIA, DUQUESA DE FONDAINA y GRAN DUQUE ESTEBAN

- REINA Duquesa...
- D.^a FON. ¡Señora! Me ha pasado el tiempo conversando con Su Alteza.
- REINA ¡Ah, tío!
- D. EST. ¡Alexia!
- REINA Toda la mañana ha venido gente y más gente interesándose por mi salud. (Con fatiga.) Ya he dicho que esta tarde no quiero recibir á nadie. (Se sienta.)
- D. EST. Es natural, después de lo acontecido ayer y más sospechándose como se sospecha que se trataba de un atentado...
- REINA (Levantándose nerviosa y hablando con indolencia.) ¿Cómo? ¿Quién me quería matar?

- D. EST. No pretendo alarmaros, pero la voz pública lo va diciendo.
- REINA ¿Contra mí? (Riendo.) ¿No oís, Duquesa?
- D.^a FON. Sino que el caballo de Vuestra Majestad también conspirase. (Ríe la Reina.)
- D. EST. En la historia de los reyes no faltan muchos regicidios con apariencias de...
- REINA ¡Basta, tío, basta! Yo os ruego que desmintais estas especies odiosas, ya que, por el contrario, fueron precisamente los republicanos los que me salvaron de aquel peligro.
- D.^a FON. Bien claro se vió.
- D. EST. Como perdisteis el conocimiento...
- REINA Y digo mal al decir que fueron los republicanos, que fué uno solo de ellos, un hombre sereno y valiente... porque, requería gran serenidad y gran valor detener aquella bestia desbocada.
- D. EST. Todos los caballeros, toda la nobleza de la nación, hubieran hecho lo mismo.
- REINA Sí, y cuando mi pobre caballo lanzóse á la carrera, nadie le siguió.
- D. EST. ¡Oh! ¿Cómo seguir á un caballo desbocado? ¿verdad, Duquesa?
- D.^a FON. (Modestamente.) No lo sé. Preguntádselo al caballo, señor Príncipe.
- REINA De todos modos, yo estoy muy reconocida á mi salvador y toda la nación debe compartir mi reconocimiento.
- D. EST. Desde luego. Y hasta debiera hallarse una recompensa para él.
- REINA ¡Oh, sí! Yo bien quisiera (Pausa.) sino que no hallo la manera. (A la Duquesa riendo.) ¿Cree-rías que toda la noche estoy pensando en ello y no he logrado dormir?
- D.^a FON. No debe figurarse él...
- REINA Pero estaba también muy emocionado.
- D. EST. Si la Reina quisiera, el Príncipe Wladimiro iría á verle...
- REINA ¿Para qué?
- D. EST. Para darle las gracias oficialmente y para ofrecerle...
- REINA (Con intencionada dulzura.) Tío; no sabría hacerlo.
- D. EST. ¿No? ¿Por qué?

- REINA No sabría decírselo como él merece. Y me rece mucho; pues no hay que olvidar que estan enemigo del... Trono, que nada admitiría de nosotros. Y las gracias... las gracias, solo puedo dárselas yo personalmente. (El Gran Duque encoge los hombros despreciativamente.)
- D.^a FON. (Con entusiasmo.) ¡Muy bien dicho, señora! (La Reina se ha vuelto hacia ella.) Perdonad... (Por haberla interrumpido.)
- REINA Y expresivas las gracias, Gran Duque Esteban, y muy completas. (Nerviosamente.)
- D. EST. (Riendo con desprecio.) Ese señor Rolant, ni las gracias querrá admitir de la Reina.
- REINA ¡Oh! Ante todo debe ser caballero.
- D. EST. Ni vendrá á Palacio á recibirlas.
- REINA ¿Y si fuese yo á dárselas?
- D. EST. ¡Oh!
- D.^a FON. ¡Muy bien! Perdonad.
- D. EST. No, Alexia. Eso sería haber perdido el conocimiento.
- REINA Solo lo perdí el momento en que el caballo me echó por tierra.
- D.^a FON. No, por tierra, no; que el señor Rolant os sostuvo en sus brazos. (La Reina se vuelve hacia ella riendo. La Duquesa saluda.) ¡Perdonad! (El Gran Duque mira á una y otra contrariado, furioso. La Duquesa ríe disimuladamente. Después de una breve pausa entra el Caballero de Aymerich por la puerta izquierda del fondo.)

ESCENA IV

REINA ALEXIA, DUQUESA DE FONDAINA, GRAN DUQUE ESTEBAN, CABALLERO DE AYMERICH y después el SEÑOR ARMAÑACH, Presidente del Consejo de Ministros

- AYM. (Desde la puerta.) Señora...
- REINA ¿Quién hay?
- AYM. El señor Presidente del Consejo de Ministros, la Excelentísima Señora del Almirante Asori. El Excelentísimo Señor Duque de Mirogast-Adrell, el lugar tenientemayor de...
- REINA (Interrumpiéndole.) No, no. El Presidente del Consejo y nadie más hoy. (Sale el Caballero de Aymerich y la Reina sigue diciendo.) Estoy fatiga-

dísima. (A la Duquesa.) Recibiré al Presidente porque tengo un gran proyecto. (Ríe. El Gran Duque mira con desconfianza á la Reina, temiendo una ligereza.)

AYM. (Desde la puerta, anunciando.) El señor Presidente del Consejo de Ministros. (Vuelve á salir.)

SR. ARM. Señora...

REINA Señor Presidente, de prisa, tengo que hablarle. (El la besa la mano.) Pero está usted cansado.

SR. ARM. ¡Oh, no es nada! Un poco de emoción, muy natural después de lo de esta tarde.

D. EST. (Con interés.) ¿En el Congreso?

SR. ARM. Una sesión borrascosa.

REINA ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

SR. ARM. Con motivo y con pretexto de lo sucedido ayer en el Parque se ha tenido que hablar de Su Majestad.

REINA ¿Y qué? (Hace una indicación á la Duquesa para que se siente, y ella se sienta también.)

SR. ARM. Que como el señor Rolant ocupaba su escaño...

REINA (Con mucho interés.) ¿Sí? Cuéntemelo todo, todo.

SR. ARM. Pues ha iniciado el debate un amigo de Su Alteza el Príncipe Esteban que, con mucha altanería por cierto, ha pedido al Gobierno explicaciones por el deplorable suceso de ayer, haciendo cargos al Ministerio por haber consentido que Su Majestad montase aquel caballo.

REINA (Riendo con ironía y mirando al Gran Duque.) ¡Por Dios!

D. EST. ¿Quién ha sido?

SR. ARM. El Marqués de Tirnova.

D. EST. Un leal servidor de Su Majestad que no ha transigido ni transige con esas ideas de los partidos medios, que toleran...

REINA (Interrumpiéndole.) ¿Y que ha contestado el Gobierno?

SR. ARM. He contestado que de ese dolorosísimo hecho no tiene ninguna culpa el Gobierno de Vuestra Majestad.

REINA ¡Naturalmente!

SR. ARM. He hecho presente la acendrada fidelidad de mi partido á las Instituciones, haciendo

ver el brillante estado de la Nación desde el día en que Vuestra Majestad nos hizo el honor de otorgarnos su confianza. (El Príncipe se pasea nervioso.) Y he terminado, señora, con unas palabras que han despertado mucha sensación: he dicho que, toda vez que Vuestra Majestad no había sufrido ningún daño en su preciada salud, acaso la Divina Providencia había consentido y aún quizás dispuesto el desgraciado accidente de ayer, haciendo que, para tranquilidad de la Nación, un partido donde militan hombres de inteligencia y corazón—se ha de decir así— (El Príncipe hace con la cabeza signos negativos.) pero apartado hoy día de la Monarquía, se haya acercado á ella por un acto de humanidad por el que yo, en nombre de la Monarquía y de la Patria, cumplo testimonio de agradecimiento en la persona del señor Rolant, que tiene el cerebro para defender sus ideas y los brazos... y los brazos para salvar á la Reina.

REINA Gracias, señor Presidente, gracias.
SR. ARM. La mayoría ha aplaudido frenéticamente; pero los republicanos, que lo han tenido á ofensa, han empezado á lanzar improperios contra los Ministros. Y los nuestros han contestado.

REINA (Muy interesada.) ¿Sí?
SR. ARM. Y los más violentos han sido los amigos de su Alteza el Príncipe Esteban, que siempre exageran la nota contra las ideas avanzadas.

D. EST. ¡Nunca! Son la salvaguardia del Trono y han de sostenerlo fieles hasta la muerte. (Con mucha energía.)

REINA (Interrumpiéndole con gran interés.) ¿Y el señor Rolant, que hacía el señor Rolant?

SR. ARM. No había pronunciado ni una palabra, ni había tenido un solo gesto de violencia y de protesta en ningún sentido.

D. EST. ¡Naturalmente! Nos desprecia y nos perdona la vida.

REINA ¿Y después?

SR. ARM. El señor Rolant se ha levantado á hablar.

REINA (A media voz y sin poder contenerse.) ¡Muy bien!

SR. ARM. Y en toda la Cámara se ha hecho un absoluto silencio. (1.^a Reina atentísima, mira al Ministro.) Ha empezado diciendo que uno de los actos de su vida de los que estaría siempre más orgulloso y satisfecho es el de ayer salvando, quizás de la muerte, á la persona que reina en su Patria.

D.^a FON. ¡Oh, hermoso, muy hermoso! (Sin poderse contener. El Gran Duque ríe con desprecio. La Reina es toda oídos, interesadísima.)

SR. ARM. La mayoría ha aplaudido. Los republicanos han bajado la cabeza. Y él ha continuado. (A la Reina, no atreviéndose á hablar.) No sé si...

REINA Todo, señor Presidente.

SR. ARM. Como será, ha dicho, otro acto del que todavía me sentiré más orgulloso y más satisfecho, aquél por el cual consiga derribar del Trono á esa misma persona.

D. EST. (Enojadísimo.) Estas palabras no debían haber sido repetidas en este sitio.

SR. ARM. La Reina me ha mandado que hablase.

REINA (Muy serena.) ¿Y qué más ha dicho? (El Gran Duque va á interrumpirla.) Yo quiero saber qué ha seguido diciendo aquel hombre. (Con energía. El Gran Duque va á interrumpirla de nuevo. Ella poniéndose en pie le mira con severidad. El Gran Duque se contiene. La Reina vuelve á sentarse y dice:) Siga usted, señor Presidente.

SR. ARM. La Cámara parecía que iba á hundirse. Y cuando ha podido el señor Rolant ha continuado su discurso. Para mí, ha dicho, las personas son sagradas. Quien atente contra la vida de alguien no es de mi partido, que en él, no cutan los asesinatos. Nosotros somos del partido de la humanidad. Donde peligre una vida, extenderemos los brazos para salvarla. Queremos que viva todo el mundo y que nadie sufra. Pero reinar no es sufrir, es dar excesiva abundancia de brotes y de flores, gracias á la virtud fecunda de la savia ajena. Nosotros no queremos matar el árbol predilecto, si no cortarlo á ras del suelo para que vuelva á crecer por sus propias fuerzas, como todos los otros árboles de la frondosa selva.

- D.^a FON. (A media voz.) Basta, basta, señor Presidente.
(Va á apoyarse en el respaldar de la silla de la Reina,
que ni lo advierte.)
- D. EST. (Enojadísimo.) ¡Yo no puedo oír estas cosas!
- SR. ARM. Y ha tenido que levantarse la sesión.
- D.^a FON. Señora...
- REINA Dejadme.
- SR. ARM. Porque el griterío era ensordecedor, y la
Presidencia ha tenido que cubrirse mientras
en las tribunas discutía el público gritando
muera...
- D. EST. (Interrumpiéndole.) ¡Señor Presidente!
- D.^a FON. (Como rogándole silencio.) ¡No!
- REINA Sí, ¿qué gritaban?
- SR. ARM. (Negándose á decirlo.) Señora...
- REINA (Enérgica.) ¿Qué gritaban?
- SR. ARM. Cont.a... contra Vuestra Majestad. (Pausa
breve.)
- REINA ¿Muera la Reina? (Todos callan. Pausa.) No
creía que tuviese tantos enemigos. (Brevísima
pausa.) Yo que en mi vida he hecho daño á
nadie. (El Gran Duque sonríe. Pausa.) Me hubie-
ra gustado presenciarlo. (Sonríe tristemente. Pau-
sa.) En mi presencia todos me alaban y me
respetan y me dicen que tengo todas las
gracias. (Pausa, mirándolos á todos.) Tío, se me
ha llevado engañada, muy engañada. (Con
cierto odio hacia él.)
- D. EST. No Sino que con la tolerancia de cierta gen-
te se ha dejado crecer la mala yerba y aho-
ra ya la cizaña es tan alta como el trigo. (Ar-
mañach sonríe.)
- REINA (Con cierta energía, mirando fijamente al Duque.) Se
me ha tenido engañada.
- D. EST. Si mis amigos gobernasen, ¡ay de ellos! (Ríe
el Ministro.) y ¡ay de los vuestros!
- SR. ARM. Los míos, Alteza, sostienen en sus hombros
á toda la monarquía.
- D. EST. Dando la mano á aquella gente.
- SR. ARM. Sí; pero esa mano nosotros les estrechamos,
no pueden utilizarla para derribar el trono.
- D. EST. Yo haría servir la mía contra los unos
y los otros. (A punto de amenazar al Presidente.)
- REINA (Enérgica.) ¡Alteza!
- D. EST. ¡Alexial!
- REINA ¡Alteza! Ni una palabra más. (Entre enérgica y

suplicante. El Gran Duque saluda indicando que obedece.)

SR. ARM. Si el Ministerio no merece la confianza de Vuestra Majestad...

REINA Toda, señor Presidente, toda; pero hemos de hablar. Duquesa, no os alejéis.

D.^a FON. A las órdenes de Vuestra Majestad.

D. EST. (A la Reina.) Con la real venia...

REINA Adiós, adiós, tío.

D. EST. (Aparte, mientras sale por la puerta izquierda del fondo.) Yo derribaré este Gobierno. (La Duquesa sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

REINA ALEXIA y SEÑOR ARMAÑACH

REINA Señor Presidente. Tengo un vehementísimo deseo y una fortísima voluntad de cumplirlo. Podría decírselo indirecta y encubiertamente; pero no sé hacerlo. Tengo un gran deseo de hablar con ese hombre.

SR. ARM. Si Vuestra Majestad me dice su nombre...

REINA Con el señor Rolant.

SR. ARM. Los deseos de Vuestra Majestad son órdenes para mí. Pero esta... señora...

REINA ¿Por qué?

SR. ARM. Porque el señor Rolant no querrá hablar con Vuestra Majestad.

REINA Ha hecho mucho más que hablar conmigo. Me ha salvado de un gran peligro.

SR. ARM. Precisamente. Este acto no ha parecido bien á todos sus correligionarios. Y no hay que olvidar que cada día su partido hace mayor alarde de violencia contra nosotros y contra Vuestra Majestad. Y el señor Rolant acentúa cada vez más su situación revolucionaria, para desvirtuar, quizá á los ojos de los suyos, su acto de ayer. Para esta misma noche prepara un meeting y podría ser que á la salida se originase algún tumulto. Como no se cansan de pedir el indulto de los condenados políticos, que son amigos suyos...

REINA ¿Condenados á qué?

SR. ARM. Dos á muerte. Los otros...

- REINA (Interrumpiéndole.) ¡Dios mío! (Pausa corta.) Señor Presidente: si este hombre me pide el indulto de los presos, yo se lo concedo.
- SR. ARM. Lo piden, y tumultuariamente, todos sus partidarios.
- REINA El, que me lo pida él; y en persona. Que venga aquí él mismo.
- SR. ARM. Siento decírselo á Vuestra Majestad, pero el señor Rolant no dará este paso.
- REINA ¿Por qué? (Preguntando otra vez.) ¿En tan poco estima la vida de sus amigos? ¿Hasta tal punto cree que le rebajaría este paso? ¿Tan despreciable soy á sus ojos? Una dama que se ofrece á enjugar las lágrimas de familias —seguramente desoladas— ¿no vale este pequeño sacrificio de subir los peldaños del palacio odiado? ¿Qué calor de humanidad tiene en las entrañas ese hombre? Y todos los suyos, sus amigos, sus correligionarios, ¿que baja ralea de gente son que no le aconsejan, que no le exigen que suba las escaleras de esta casa, pues no hay lepra contagiosa en torno mío? (Exaltada, conmovida.) Aquí también hay buenos corazones que quieren á los que sufren, sean de donde sean, y que no quieren vivir de la savia de otros árboles, como dice él mismo.
- SR. ARM. Si hasta una parte de sus correligionarios opina que el señor Rolant fué demasiado lejos sujetando el caballo. En cambio, he de añadir que otra parte, no muy numerosa, sin embargo, sostiene lo que quisiera Vuestra Majestad: que el señor Rolant pidiese directamente la gracia del indulto. Y hasta un periódico afirma que para ello el señor Rolant debe venir personalmente á palacio.
- REINA Muy bien dicho.
- SR. ARM. Y añade que Vuestra Majestad no podría negárselo.
- REINA Señor Presidente: es muy particular lo que sucede. Ellos son republicanos y yo... monárquica, me figuro, y todos estamos de acuerdo en una cosa como ésta. ¡Oh, qué alegría!
- SR. ARM. (Riendo.) Me place ver contenta á Vuestra Majestad.

- REINA Cuando los corazones se interesan por una cosa buena laten al unísono. Yo creo, señor Presidente, que á todos debe latirnos igual el corazón y que todos debemos tenerlo en el mismo lado del pecho.
- SR. ARM. Su Alteza el Príncipe Esteban no lo cree así.
- REINA El debe tenerlo en el lado derecho. (Ríen los dos.)
- SR. ARM. ¿Así, pues, Vuestra Majestad, desea que de todos modos se intente la venida de ese hombre á palacio?
- REINA (Contenta.) De todos modos.
- SR. ARM. Tengo un buen amigo, que sin figurar en su partido, es íntimo del señor Rolant.
- REINA Y él podría encargarse de esta misión.
- SR. ARM. Nadie mejor.
- REINA Pues ahora mismo, señor Presidente, para ahorrer á los presos unas cuantas horas de cautiverio.
- SR. ARM. Con la venia de Vuestra Majestad.
- REINA Sí, sí... ¡Ah! Los nombres de los condenados.
- SR. ARM. Es verdad. (se ha acercado á una mesa en donde escribe los nombres.) Ruego á Vuestra Majestad calme á Su Alteza el Príncipe Esteban, porque su partido es contrario al indulto.
- REINA Muy bien, muy bien, ya lo sé. (No dejándole hablar)
- SR. ARM. Señora...
- REINA Sí, sí. Y mucha suerte. (El quiere volver á hablar.) Y buenas tardes, buenas tardes. (Sale Armañach por la puerta del fondo.)

ESCENA VI

REINA ALEXIA y DUQUESA DE FONDIANA. La Reina queda un instante sola, seria y pensativa. Después, tomando una resolución, levanta la cortina de la puerta de la derecha

- REINA ¡Duquesa! (Llamándola.)
- D.^a FON. (Que llega en seguida.) ¡Señora!
- REINA Estamos solas y tengo grandes deseos de que hablemos.
- D.^a FON. (Bondadosa.) Sí, señora, sí.

REINA (Indicándola que se siente.) Aquí: á mi lado. Más cerca, y hablemos.

D.^a FON. ¡Cuánta alegría en el rostro y en el gesto de Vuestra Majestad!

REINA Sí, sí. Estoy muy contenta. Y no sé por qué, pero lo estoy. A pesar de que me han dado una mala noticia: la de que tengo muchos enemigos ¡muchos!

D.^a FON. ¡Oh! Personalmente á Vuestra Majestad todos la quieren.

REINA No, no, Duquesa; no quiero halagos ni adulaciones como los de los demás...

D.^a FON. Es verdad.

REINA Sino que ahora yo no les temo. Quiero luchar con ellos yo misma.

D.^a FON. ¿Vuestra Majestad?

REINA Sí; sí: yo misma. ¿No dicen que venciendo-me á mí se vence á la monarquía? Pues venciendo al que es jefe y guía y cerebro de mis enemigos triunfaré de todos ellos de una sola vez y para siempre. (Resuelta, alegre, nerviosa,)

D.^a FON. ¿Pero vuestros ministros serán los brazos con que lucheis, naturalmente?

REINA ¡Si os digo que yo misma y con mis armas propias!

D.^a FON. Yo felicito desde ahora á Vuestra Majestad.

REINA ¡Tan triste que me veáis siempre con lágrimas en los ojos á cada instante!

D.^a FON. Sí, sí.

REINA Juzgándome yo misma la más desgraciada mujer de la tierra.

D.^a FON. Sí, es cierto.

(La Reina, humillada la cabeza, calla tristemente. Después dice como despertando:)

REINA ¿Qué os estaba diciendo mi tío el Príncipe Esteban?

D.^a FON. Me hablaba de los pretendientes á vuestra mano real. (La Reina ríe con pena no exenta de intención) Sobre todo de su hijo.

REINA (Visiblemente molesta.) ¡Qué porfial! ¡Siempre, siempre Wladimiro, el hombre menos agradable de la tierra!

D.^a FON. Es antipático á toda la nación.

REINA ¡Gracias á Dios! ¡Y qué inteligente es mi

pueblo! Ya lo he dicho cien veces, Duquesa; seré yo misma quien escoja el hombre que ha de compartir conmigo el trono de mis mayores y mi lecho real. ¿Había de ser reina para todos menos para mí misma? ¿Vos cómo ibais á casaros?

D.^a FON. (Riendo bondadosamente.) Yo me iba á casar enamorada.

REINA ¿Sí?

D.^a FON. Profundamente enamorada; como una muchacha vulgar. Tanto, que á mí me parecía que fuera del amado nada había en el mundo. (La Reina va interesándose vivamente.) Y por él lo habría abandonado todo para vivir en el rincón más oculto, pobre y contenta en su dulce compañía.

REINA ¿Y no era noble?

D.^a FON. No.

REINA ¿Y le dejastéis?

D.^a FON. (Ofendida.) ¡Oh, no! Murió.

REINA ¡Alma grande y bella! (Besándola efusivamente.)

D.^a FON. ¿Vuestra Majestad á mí?

REINA (Volviéndola á besar) Sí, mucho, y con toda el alma para beber toda vuestra bondad. Para que ella me ayude á satisfacer el hambre de felicidad que siento en medio de tanta gente que me rodea, en mi completa soledad. ¡Sólo al lado vuestro me siento acompañada! ¡Como si yo no fuese de carne y hueso como los demás sino un objeto de gran precio que se respeta por... porque sí, pero que no se estima! Y á los que se quieren acercar á mí con esplendores nupciales yo no les quiero que mi corazón no les anuncia cuando llegan, y todo su deseo se reduce á llegar á la pompa de la boda para cumplir... servicios oficiales de la Monarquía; un asiento á mi lado y un sitio en mi lecho, bajo el brillo de la corona real, queriéndome oficialmente mientras á horas distintas otros labios y otros corazones recibirían las efusiones de su amor versátil.

D.^a FON. ¡Cuánta verdad!

REINA Se ha dicho dentro y fuera de palacio que si yo no me casaba reproduciría la vida de aquella Isabel reina de Inglaterra...

- D.^a FON. Señora...
- REINA Yo sé que no será; y por esto mismo no quiero renunciar á la felicidad honrada á que tengo perfecto derecho. Y encontraré al hombre que me abra los brazos y me quiera por mí, por mí; por todo aquello que en mí hay de mujer (Llora. Pausa.)
- DUQ.^a FON. (Aparte.) ¡Ay Dios mío!
- REINA (Abandonando el pañuelo con que se ha enjugado los ojos.) Soy loca, ¿eh? soy loca. He pasado una noche de fiebre.
- DUQ.^a FON. ¿Vuestra Majestad?
- REINA (Riendo.) Quizá la caída de ayer. Acaso me asusté demasiado.
- DUQ.^a FON. ¿Y ahora cómo se encuentra Vuestra Majestad?
- REINA Bien, Duquesa, bien. Pero ni una palabra á nadie. Dirían que la Reina ha perdido el juicio...
- DUQ.^a FON. A nadie.
- REINA ¡Y nada más siento como una envidia de la felicidad que ibais á tener!... ¡y nadie se rinde cuando se siente en el pecho joven el corazón! (Con energía. Vuelve á besarla una sola vez y con fuerza.)
- DUQ.^a FON. (Llorando mientras la besa.) ¡Reina y señora!

ESCENA VII

REINA ALEXIA, DUQUESA DE FONDAINA, CABALLERO DE AYMERICH y ROLANT. Caballero de Aymerich en la puerta izquierda del fondo

- AYM. Señora. . el señor presidente dejó dicho, que si venía este señor...
- REINA ¿Quién es?
- AYM. Está el señor Rolant.
- REINA Que entre. (Aymerich se retira.)
- DUQ.^a FON. (Aparte.) ¡Dios mío! (No sabe si acudir hacia la Reina ó retirarse. La Reina se ha olvidado de ella. La Duquesa sale muy despacio por la puerta de la derecha.)
- AYM. (Anunciando.) El señor Rolant. (Rolant entra detrás de él y se queda en el fondo.)
- REINA (A Aymerich, que duda.) Podeis retiraros.

- ROLANT (Saludándola con una inclinacion de cabeza.) ¡Señora!
- REINA Señor Rolant, le ruego que se acerque.
- ROLANT (Acercándose un poco) Antes que todo, señora, tengo que confesar una cosa, y pido que no se la juzgue una descortesía: Que me parece mentira hallarme aquí dentro. (Sonriendo con franqueza.)
- REINA (Sonriendo también) ¿Por qué, señor Rolant?
- ROLANT Porque si días atrás alguien me hubiese dicho que había de subir las escaleras de este palacio, lo habría tomado á ofensa... Perdonad.
- REINA He deseado que viniese, señor Rolant, para darle yo misma personalmente las gracias por su noble acción...
- ROLANT Todo el mundo en mi lugar... igual que yo...
- REINA Y para conocerle. Porque ayer desapareció en seguida. (El abre los brazos sin decir nada.) Y ahora, ante todo, permita usted que le pida un favor, un pequeñísimo favor.
- ROLANT No sé...
- REINA Que tenga usted la bondad de sentarse, señor Rolant.
- ROLANT Sería demasiado honor para mí.
- REINA (sonriendo.) Pues otro ruego todavía. Que deponga ese aire de... contrariedad; porque yo, señor Rolant, al rogarle que viniese, no he pretendido... molestarle, sino que por el contrario, siento un anhelo vivísimo de... de servir al hombre que ayer... (Conociendo que iba apasionándose, cambia de idea.)
- ROLANT Precisamente... es esta situación mía á vuestros ojos la que me violenta y... me humilla. Porque yo vengo á ser aquí, señora, como servidor mercenario que viene á cobro de un servicio.
- REINA ¡Oh, no!
- ROLANT Sí; porque yo estoy aquí para que se me recompense el acto de ayer, indultando á unos sentenciados; y esto, á los ojos de la majestad real, es pagar á muy subido precio...
- REINA (Poniéndose en pie.) ¡Señor Rolant!
- ROLANT Y no puedo dejar de admitir la paga que se me da, aunque no pertenece al que me la

otorga, que la sangre es tan solo patrimonio de quien la lleva en sus venas.

REINA

¡Esas palabras me ofenden, señor Rolant!

ROLANT

Me sabe mal. Yo no quería... (La Reina se enjuga una lágrima nerviosamente. Después de una pausa se dirige á una mesa y escribe)

REINA

He aquí el indulto de esos desgraciados. (El no toma el papel y se queda mirándola.) ¿Le habré de rogar, señor Rolant, que me haga la merced de tomarlo usted mismo de la mano del ser á quien aborrece sobre todas las cosas?

ROLANT

(Tomándolo) Señora...

REINA

Gracias. (Pausa.) Y muy buenas noches, caballero. (El, turbado, quiere interrumpirla.) Y que Dios en su día juzgue nuestros actos.

ROLANT

(Dejando el papel sobre la mesa.) Escuchadme, señora; yo quisiera de vos un imposible quizá.

REINA

(Con mucho interés.) ¿Cuál?

ROLANT

¡Ah, señora, señora!... ¡cuántos pensamientos ha forjado mi cerebro desde ayer, y qué deseos siento tan inmensos de deciros cosas que no os diré en toda la vida!

REINA

¡No sé... no sé! No sé comprender... ¿Qué quisiera, pues, de mí? He escrito este papel con la más firme voluntad, con el más ardiente deseo de serle agradable, señor Rolant. Y ahora, al oírle, me encuentro en un mar de confusiones.

ROLANT

(Interrumpiéndole.) Es que os veis tan alta, señora, y á mí me mirais tan bajo. (Con tristeza y sin ironía.)

REINA

No en estos momentos.

ROLANT

Tan abajo, que no llegan claras hasta vuestra altura las palabras mías.

REINA

¡Otra ofensa! ¡Y bien, llevaos ese papel! (Molestada y con gesto de indiferencia.)

ROLANT

(Sonriendo tristemente.) Qué loco soy. Me he olvidado por un momento en dónde estaba y ¡perdonadme! hacía mi propaganda á la Reina.

REINA

(Deteniéndole el brazo cuando él se disponía á apoderarse del indulto.) Señor Rolant, yo le tengo á usted por un ser superior, por un espíritu noble; que es todo abnegación y amor al

prójimo; y siendo así, le juzgo un gran hombre. ¿Qué le he hecho yo para que me considere despreciable?

ROLANT

¡Oh, callad!

REINA

(Alterada.) Me siento el alma tan noble como la suya. Tengo voluntad de hacer el bien. (Exaltándose.) La tengo firmísima. (Yendo hacia él.) ¿Por qué me ha insultado, pues? (Con voz cariñosa.)

ROLANT

¡Oh, por Dios, no os insulto; os compadezco! (Con dulzura.)

REINA

¿Por qué?

ROLANT

Pues porque... porque sois Reina.

REINA

No; si no le cedio. Si me gusta que me lo haya dicho.

ROLANT

Porque sois Reina y os complace serlo.

REINA

Basta, señor Rolant.

ROLANT

(Muy triste.) ¿Y os parece justo ser Reina?

REINA

Pues sí. Porque siendo Reina y siendo buena, como soy, mi alma puede derramar la gracia del bien sobre la tierra. Se pueden enjugar las lágrimas de los que lloran. Se puede ser más que la Reina, la madre de todo un pueblo. Y yo sé que no deseo el mal para nadie. Y sé que haré la felicidad de mis súbditos, enalteciendo y premiando las virtudes.

ROLANT

(Con pena.) Y condenando á muerte.

REINA

(Abatida.) ¡Oh, Dios mío!

ROLANT

(Comenzando con mucha dulzura.) Yo quisiera que nunca más se derramase la sangre humana. Yo quisiera que desde el fondo de vuestra alma sintiéseis que vuestra conciencia real os gritaba que no debe derramarse ni una gota de sangre humana. Yo quisiera que me dijeseis, no con los labios de la majestad que tratan sólo de satisfacer por un momento al adversario, sino por dictado de vuestro corazón como mujer que sois antes que Reina, yo quisiera que me dijeseis: El acto de hoy es el más hermoso de mi existencia, no porque soy una Reina agradecida y lo demuestro con generosidad de Reina, sino porque devuelvo á la vida esos dos hombres, porque al hacerlos desaparecer, hacía llorar, hacía desesperar á hermanos

míos que, como yo misma, han venido á la tierra para ser felices. Porque estos desventurados, señora, tienen esposa amante, tienen hogar apacible, tienen hijos que juegan y ríen, no sabiendo que cuando Dios deja con vida á sus padres hay poderes creados por otros hombres que disponen acabar esta vida para ejemplaridad de aquellos que quisieran que fuesen hermanos todos los hijos de la tierra. (Con ironía.)

REINA (Con lágrimas en los ojos.) Señor Rolant... sus palabras me han hecho llorar... Muchas gracias. Yo dispondré ahora que en todo el reino... (Pausa. Con energía y nerviosamente) No me pregunte nada.. no me pregunte nada.

ROLANT ¡Señoral...

REINA (Como pidiendo piedad.) No... (Pausa.) Escúcheme: ¿le soy odiosa?

ROLANT No. Por lo más sagrado os hago juramento.

REINA ¿Le sabe mal haberme conocido?

ROLANT (Después de haber pensado un rato.) Quizás sí.

REINA ¿Por qué, señor Rolant? (El calla.) ¿Por qué?

ROLANT Porque entre los dos hay un mundo, un mundo donde se lucha y se riñe fieramente.

REINA ¿No cree usted en Dios?

ROLANT Sí; porque tengo fe en mi patria.

REINA En nuestra patria, que también es mía.

ROLANT También. Pero el corazón de esta patria, de esta adorada patria nuestra, no lo sentís latir como yo.

REINA ¡Y cómo me gustaría oír sus discursos al pueblo!

ROLANT (Sonriendo tristemente.) Les hablo contra Vuestra Majestad.

REINA ¡Y qué importa! (Exaltada casi riendo.)

ROLANT Y esta misma noche...

REINA ¿Dónde?

ROLANT En la plaza exterior.

REINA Ah, ¡si yo pudiera oírle! En medio de los árboles, á la sombra de los faroles...

ROLANT ¡Que desvarío!

REINA (Reflexionando.) Cubierta con un velo, vestida de pobreza...

ROLANT (No creyéndolo posible.) ¿La Reina mezclada con el pueblo?

REINA (Sonriendo.) A sitios peores han ido los reyes ¿verdad?

- ROLANT (Riendo bondadoso.) Yo aquí me lo callo.
REINA (Riendo entre lágrimas.) ¡Ah, si fuese de los míos!
- ROLANT (Riendo.) Muchas gracias!
REINA (Riendo.) O yo de los suyos.
ROLANT (Riendo.) ¡Oh, sí!
REINA (Mofándose.) Muchas gracias. (Ríen los dos íntimamente. Rolant después da un paso hacia el papel firmado. La Reina impidiéndole que se apodere de él dice:) No. Perdón. Esta noche iré á oír su discurso, acuérdense de que estoy allí y explíqueme más claramente la teoría del perdón por sentimiento propio.
¿Pero estaréis allí?
ROLANT ¿Estaré y os creeré. (Por el indulto.) Y esto será otro regalo. Y de aquí en adelante nunca más...
REINA ¿Qué, señora?
ROLANT No he dicho nada: no he dicho nada. Después será hora de recoger el indulto, y entonces hablaré. Palabra de...
REINA (Irónico) De Reina.
ROLANT Palabra del alma. Señor Rolant, ¿volverá esta noche?
REINA No faltará.
ROLANT Yo esperaré. ¿El mítin?...
REINA Es ahora.
ROLANT Pues hasta ahora.
REINA (Sale Rolant por la puerta derecha del fondo, que ella le señala.)

ESCENA VIII

REINA ALEXIA, DUQUESA DE FONDAINA y CABALLERO DE AYMERICH

- REINA (Cuando Rolant ha desaparecido.) Caballero de Aymerich. (Llamándole.) Duquesa. (Llamándola hacia la puerta de la derecha.)
AYM. Señora...
REINA Acercaos. Y la Duquesa también. Hemos de salir los tres. Vestid pobremente, muy pobremente; el auto sin escudos para... para dejarlo donde convenga.
AYM. Sí, señora.

- REINA Por la puerta de la servidumbre. (Recoge el indulto de encima de la mesa.)
- D.^a FON. (A Aymerich.) A socorrer á los pobres.
- REINA No, no. Vamos á hacer de republicanos. Ptsch. A un meeting.
- AYM. ¿Pero hay peligro?
- D.^a FON. ¡Vuestra Majestad! ¡La Reina!
- REINA (Bromeando.) ¡Eh! La Reina, no: me dejo la corona en casa. (Sale riendo por la puerta de la derecha.)
- AYM. Y es la hora de la audiencia.
- D.^a FON. Mejor para ellos. Como murmuran en su ausencia...
- REINA (Desde dentro.) ¡Deprisa, deprisa!
- AYM. (A la Duquesa.) Voy á disponerlo todo. (Salen los dos. El por el fondo y ella por la derecha.)

ESCENA IX

MARQUESA DE IBIS, BARONESA DE BERGAMOTA, CONDESA DE ROSAMAYA, DUQUESA DE TRIANAR, MARQUESA DE TIRNOVA, GRAN DUQUE ESTEBAN, GRAN DUQUE WLADIMIRO, CONDE DE MURA, DUQUE DE BRUNSBERDECH, MARQUÉS DE TIRNOVA, MARQUÉS DE ORIS, VIZCONDE DE GRILO, SEÑOR DE MALHURÓN y otras Damas y Caballeros. Cuando indique el diálogo irán entrando por la puerta del fondo izquierda. Entran juntamente el Gran Duque Esteban y su hijo el Gran Duque Wladimiro conversando

- D. EST. Porque las bebidas alcohólicas embrutecen, y la Reina Alexia no uniría seguramente su mano á la que hubiere levantado tantas copas. Sé que un día vacilabas balanceándote delante de ella.
- D. WLA. No era sino una profunda reverencia.
- D. EST. ¡Embriagado delante de ella!... ¡Infeliz, esto puede costarte la corona!
- D. WLA. Malas lenguas aseguran también que el Príncipe Esteban...
- D. EST. ¿Yo? ¡Miserable! (Se oye reir desde dentro á la Marquesa de Ibis. El Gran Duque Esteban cambia de tono.) Muy bien, hijo mío, muy bien. La caza es un noble y saludable ejercicio.
- D. WLA. ¡Oh, muy noble y muy saludable!
(Entran cogidos del brazo, la Marquesa de Ibis y el Duque de Brunsberdech, ella riendo fuertemente.)

- D. EST. (A su hijo.) La Marquesa de Ibis que es ministerial.
- M.^a IBIS ¡Cómo me habéis hecho reír, Duque! ¡Cómo me habéis hecho reír!
- D. BRUN. Y riéndoos de mí, un día me veréis muerto á vuestros pies. (Sonriendo con galantería.)
- M.^a IBIS ¡Y estaríais adorable! Sino que en los tiempos actuales ya no se estilan tan adorables extremos.
- D. BRUN. (Saludando al Príncipe.) ¡Alteza!...
- D. EST. ¡Marquesa!...
- M.^a IBIS (Riendo.) ¿Solos los dos? Sus Altezas conspiraban contra mi ministerio.
- D. EST. ¿Conspirar? Si yo quisiera, con sólo abrir la boca lo derribaría. (Riendo también.)
- M.^a IBIS Naturalmente. Con la influencia de vuestro hijo, nuestro rey de mañana... ¿Verdad, Príncipe? (A Wladimiro, colgándosele del brazo y apartándolo hacia otro sitio.)
- D. WLA. El día que yo sea rey, Marquesa, os haré reina.
- M.^a IBIS ¿Sí? ¿Cuántos días?
- D. WLA. ¿Días? Ninguno. Las...
- M.^a IBIS (Interrumpiéndole, riendo.) Señor Príncipe: esto no se dice tan claro.. (Se separa de él. Entra la Baronesa de la Bergamota, que es muy gruesa, del brazo del Vizconde de Grilo. Detrás de ellos siguen otras damas y caballeros.)
- BAR. En mis tiempos, un día que me desmayé al pie de la gran escalera, el Duque de Normandía me subió en sus brazos. Era fuerte como un toro, como un caballo de su país.
- VIZ. ¡Oh! La fuerza bruta en tiempos de la caballería.
- BAR. Hoy si yo me desmayase... (El se desprende de ella asustado. Ella lo mira de cabeza á pies con los impertinentes.)
- VIZ. Hoy día somos ya caducos en la juventud.
- BAR. Sí, sí. Os veo ajado.
- VIZ. (La conduce hasta una silla y dice saludándola.) Señora Baronesa de Bergamota, á vuestros pies.
- BAR. ¡Señor Vizconde de Grilo!
- (Entra el Conde de Mura con la Condesa de Rosamaya y otras damas y caballeros.)
- C. MURA ¿Y vuestro esposo, señora Condesa?

- C.^a ROS. Nunca deja á la *Grippe*.
C. MURA No debe ser gran cosa.
C.^a ROS. No. Es fea; canta en el Real. (Al Gran Duque Esteban.) ¿Y Su Majestad?
D. EST. Se ha retirado á sus habitaciones.
(Han entrado el Marqués de Orís con otras damas y la Duquesa del Trianar con otros caballeros)
M. ORÍS (A la Duquesa del Trianar.) ¿Viuda todavía, Duquesa?
D.^a TRIA. No sé; creo que no. (El Gran Duque Wladimiro se lleva aparte á la Duquesa del Trianar.) Wladimiro: te han visto esta tarde con la Duquesa de Aghalema. (Aparte.)
D. WLA. Le hablaba de tí.
D.^a TRIA. ¡Y cómo te quiero, ingrato! (Separándose de él.)
VIZ. Duquesa, yo quisiera... (La Duquesa de Trianar no le hace caso, porque ya habla aparte con el Gran Duque Esteban.)
D. EST. Duquesa mía.
D.^a TRIA. ¡Tuya tan solo! No te he visto desde ayer.
D. EST. Mi corazón te ve siempre.
D.^a TRIA. ¡Y tanto que te quiero! ¡Ingrato!
D. EST. (Apartándose de ella.) Nos observan.
VIZ. Duquesa, yo quisiera...
D.^a TRIA. Vizconde... yo tampoco. (El Vizconde le ha ofrecido el brazo, que ella no lo acepta, colgándose del de un caballero que pasa.) Señor Barón: ¿me hacéis la merced?... (Hablando se confunden con la otra gente. La Baronesa de Bergamota ha permanecido siempre sentada y ha ido quedando sola. Durante largo rato ha ido llamando á los caballeros que pasaban; todos la escuchan breves instantes y huyen en seguida)
C. MURA (Separándose disimuladamente de la Baronesa de Bergamota.) ¡Qué pesadez!
BAR. (Creyéndolo á su lado.) En mis tiempos el amor del caballero á la dama duraba hasta la muerte. Ahora, si ella tiene veinte años dura .. seis meses. ¿Me escuchais, Conde? Si ella tiene treinta años dura cuatro meses. Si tiene cuarenta, un mes. Si cincuenta, un instante. Y si tiene sesenta, ni siquiera empieza. A no ser que él sea el *chauffeur*. (Suspira.) ¿Verdad, Conde?
(En este momento se da cuenta de que no la escucha nadie. De cuando en cuando se oyen rumores de conversaciones y risas entre los caballeros y las damas

que están en escena. A un lado muchos caballeros hablan con el Gran Duque Esteban, formando grupo. El Príncipe Wladimiro habla en medio de otro grupo.)

- C. MURA (A la de Ibis.) Nuestro Gobierno está asegurado, Marquesa.
- M.^a IBIS (Mirando disimuladamente al grupo del Gran Duque Esteban) Yo vigilo. ¡Mirad el partido de los históricos qué modo de secretear!
- C. MURA ¿Pero la Reina?...
- M.^a IBIS La Reina no es de nadie, la pobre va sola.
- C. MURA El Príncipe Esteban es la cabeza invisible de los históricos.
- M.^a IBIS Y la cabeza visible es el Marqués de Tirnova, que hoy en las Cortes... Aquí le tenemos.
- (Entran los marqueses de Tirnova con muchos caballeros.)
- M. TIR. Alteza, ¿y Su Majestad?
- D. EST. En sus habitaciones. (Sigue hablando con él y sus amigos. La Marquesa de Tirnova se ha mezclado á otro grupo.)
- M.^a IBIS (Al Conde de Mura.) Venía á que Su Majestad le felicitase por su discurso.
- M. ORIS (A la de Tirnova.) Marquesa: mi enhorabuena por el discurso del Marqués.
- M.^a TIR. Nosotros fieles á la Monarquía hasta morir.
- M. ORIS Sí; ¡porque todo es poco en estos tiempos!
- (La Marquesa de Tirnova le señala á la de Ibis, para que hable con reserva.)
- M.^a TIR. Es ministerial la de Ibis
- (Van hablando hacia el fondo. El Gran Duque Esteban, que secretaba con el Marqués de Tirnova, se dirige hacia el grupo de los históricos y dice en voz alta.)
- D. EST. Señores: decíamos con el Marqués que es llegada la hora de tomar una firme resolución, porque por el camino que sigue el Gobierno liberal cualquier día nos despertarán los cañonazos de la República.
- (Todos protestan creyéndolo imposible.)
- M. TIR. Ciertísimo, señores. A los republicanos todo se les permite.
- D. EST. Me decía el Marqués que ahora mismo están celebrando un meeting en una plaza del arrabal.
- D. BRUN. Pero la policía...

- M. TIR. Con permiso del Gobierno.
(Extrañeza general.)
- D. EST. Conviene, señores, que así como se prepara una revolución ahí fuera, nosotros preparemos otra, y antes que ellos la hagan en la calle la hagamos nosotros en Palacio. Nuestra Reina es joven, demasiado joven para vivir de sus inspiraciones.
- M.^a TIR. Muy bien, Alteza.
(Otros dicen lo mismo.)
- D. EST. Mi plan es este. (Mira hacia todos lados y los agrupa hablándoles en voz baja. La Marquesa de Tirnova está entre algunas damas que hablan en voz baja y acaloradamente: la de Ibis se les acerca.)
- M.^a IBIS (A la de Tirnova.) Marquesa: no la he visto al entrar para felicitarla.
- M.^a TIR. Sí; hemos hablado bien en el Congreso.
- M.^a IBIS Todos. Todos; el Presidente del Consejo también.
- M.^a TIR. No, amiga mía: él no.
- M.^a IBIS Pues mis manos le han aplaudido con entusiasmo.
- M.^a TIR. ¡Qué horror! ¿Y á nosotros no nos han aplaudido?
- M.^a IBIS Alguna vez: alguna frase poética.
- M.^a TIR. ¡Qué horror!
- M.^a IBIS El Marqués está jugando con fuego. El partido revolucionario es muy poderoso en nuestra tierra.
- M.^a TIR. Por eso nosotros, los oradores, lo combatimos, y hasta que Su Majestad se convenza de lo fatal que es este Gobierno...
- M. IBIS ¡Perdón! Pero os ruego que no habléis mal de este Gobierno.
- M.^a TIR. ¡Perdón! ¡Pero este Gobierno es un veneno!
- M.^a IBIS El veneno, señora Marquesa, es el partido histórico que, de tan viejo; está corrompido. El mío es el contraveneno. (Ofendida.)
- M.^a TIR. (Ofendida también.) ¡Oh, qué horror los liberales!
- M.^a IBIS ¡Oh, los históricos, qué horror!
- M.^a TIR. ¡Marquesa de Ibis!
- M.^a IBIS ¡Marquesa de Tirnova!...
- (Entre ellas, á su espalda, está sentada la Baronesa de Bergamota. La Marquesa de Tirnova y la de Ibis estan á punto de insultarse.)

- BAR. ¡Ay, qué horror! En mi tiempo las damas, de la boca de los caballeros, no querían discursos, sino besos.
(Las Marquesas de Tirnova y de Ibis se separan al notar la risa conque otras damas y caballeros, que ya habían observado su disputa, comentan las palabras de la Baronesa. Entra Malhurón.)
- MAL. (Preguntando.) ¿El señor Marqués de Tirnova?
C. MURA. Allí; con el Príncipe Esteban.
MAL. Señor Marqués, me han dado este pliego urgente para V. E. y yo mismo... (Entregándolo)
- M. TIR. (Tomándolo.) Gracias. (Lo abre y lee. El Príncipe se ha separado un poco.)
- BAF. En mi tiempo... (Mira hacia la derecha y no sigue porque no hay nadie. se vuelve hacia la izquierda.)
En mi tiempo las... los... (No sigue porque tampoco hay nadie.)
- M. TIR. (Aparte.) ¡A dónde hemos llegado! (Se acerca el Gran Duque Esteban entregándole el pliego.) Es de nuestra policía particular. (El Gran Duque no se atreve á leerlo.) Se lo ruego. (El Gran Duque lee el pliego. A Wladimiro que se acerca.) ¡A dónde hemos llegado, señor Presidente!
- D. WLA. (Mientras su padre lee.) ¿De qué se trata, Marqués?
(El de Tirnova no le responde, mirando fijo y sonriente al Gran Duque Esteban.)
- D. EST. (Dando la carta á su hijo.) ¡Ah, no es posible! Es una broma de los liberales.
- M. TIR. Es ciertísimo; mi policía no se equivoca.
D. WLA. (En voz baja.) ¿Que ha estado aquí Rolant?
¿Cuándo ha sido?
(Su padre vuelve á leer la carta.)
- M. TIR. ¡Si lo dice! Esta tarde.
D. EST. (Lepués de volver á leer.) ¡Y que ha hablado á á solas con la Reina!
- D. WLA. ¿Pero qué significa todo esto?
D. EST. (Aparte.) Con todos los respetos; pero mi sobrina está loca.
- M. TIR. Los liberales la quieren perder.
(Wladimiro se separa de ellos.)
- D. BRUN. (A Wladimiro.) ¿Qué ha sucedido, Alteza?
D. EST. ¡Que nadie lo sepa!
D. WLA. (Al de Brunsberdech.) Que Rolant ha estado en Palacio.
D. BRUN. ¡Oh!

- D. WLA. Ni una palabra á nadie.
D. EST. (A su hijo.) ¡Que no se sepa!
M. TIR. (A la Marquesa.) Rolant ha hablado esta tarde aquí con la Reina. ¡Por Dios, ni una palabra á nadie!
- M^a TIR. ¡Qué horror!
D. BRUN. (Al Marqués de Orís.) Rolant ha estado en Palacio. Es un secreto.
- M. ORÍS Ni una palabra.
M.^a TIR. (A una Dama.) Es un secreto; Rolant ha hablado aquí con la Reina.
- VIZC. ¿Qué ocurre? (Nadie le hace caso.)
C.^a ROS. (A un Caballero que se lo ha dicho.) ¡Sí, se sabía!
M.^a TIR. ¡Ptsch, por Dios!
C.^a ROS. Antes muerta.
M. ORÍS (A una Dama.) Rolant ha venido á ver á la Reina.
- DAMA 1.^a Silencio, por Dios.
CAB. 1.^o (Al Marqués de Orís) ¿Qué sucede, Marqués?
M. ORÍS Que se han visto aquí la Reina y Rolant.
CAB. 1.^o Me deja muerto.
DAMA 2.^a (A quien otra le ha dicho el secreto.) A nadie.
CAB. 2.^o No abriré la boca.
(En otro grupo se va extendiendo la noticia con la mayor reserva. El único que se la calla es el Gran Duque Esteban.)
- M.^a IBIS (Al Conde de Mura.) ¿Qué se dice?
C. MURA Un secreto que sólo lo sé yo. Rolant ha venido á hablar aquí con la Reina. (Mientras tanto el Gran Duque Esteban y el Marqués de Tirnova hablan aparte.)
- VIZC (En otro grupo.) ¿Qué ocurre? (Nadie le contesta.)
M.^a IBIS (Al Gran Duque Esteban con reserva) Alteza... si me prometéis guardar el secreto...
- D. EST. ¡A una dama!
M.^a IBIS ¿No diríais quien ha hablado con la Reina?
D. EST. No sé, no sé.
M.^a IBIS El señor Rolant, aquí.
D. EST. No es verdad. El señor Rolant no ha estado aquí. (I^a de Ibis se aleja riendo.)
- D. WLA. (A su padre, solo.) Pero si la carta lo decía.
D. EST. ¡Insensato!
D. WLA. (A todos en voz alta.) Señores: No es verdad que el señor Rolant haya venido á Palacio. (Todos se ríen de él.)
- BAR ¿Quién dicen que ha estado aquí?

- VIZC. El señor Rolant.
D. EST. ¡El demonio!
M.^a TIR. Mejor hubiera sido.
BAR. (Al Gran Duque Esteban.) ¿Y la Reina ha hablado con el señor Rolant?
D. EST. (Indignado.) Señora Baronesa: aquí no puede pronunciarse este nombre.
M.^a IBIS Alteza: si la Reina lo ha recibido, bien venido sea (Rumor de protestas y discusiones)
D. EST. Marquesa de Ibis: ese hombre es un criminal que hace tiempo debía de haber sido ajusticiado.
M.^a IBIS A nosotras, las mujeres, nos guía el corazón, y yo os digo, en nombre de todas nosotras, que si al señor Rolant lo hubiesen ajusticiado antes, ayer hubiese muerto nuestra Reina. Y añado además que viva muchos años el salvador de la Reina. (Rumores entre las Damas.)
D. EST. ¡Esto es una herejía!
DAMAS (Al mismo tiempo.) Bien dicho. Es cierto. Tiene razón. Es verdad. (Rumores entre los Caballeros.)
M. TIR. Mi esposa protesta solemnemente.
M.^a TIR. (Avanzando.) Sí, sí; ¡qué horror! (Rumores de todos. La de Ibis ríe exageradamente.)

ESCENA X

DICHOS y la REINA ALEXIA, que viene de la puerta del fondo izquierda, vestida muy humildemente, con un velo en la cabeza que ya no le cae sobre el rostro. Se detiene en la puerta. Silencio general. Pausa

- REINA (A unos y á otros avanzando hacia el centro.) Buenas noches. Muy buenas noches.
D. EST. Creíamos que Vuestra Majestad no había salido.
REINA (Sentándose.) ¡Oh! que siga la conversación que yo he interrumpido.
M.^a IBIS Hablabamos de Vuestra Majestad... De la apreciada vida de Vuestra Majestad... que ayer...
D. EST. (Para que calle.) Marquesa...
M.^a IBIS De la nobleza del hombre... (Rumor general de

- protesta.) que fué muy noble salvando á la Reina... (Otro rumor.) del acto del señor... (Va á nombrar Rolant.)
- D. EST. ¡Basta, Marquesa!
REINA Del señor Rolant. (A los de un lado.) Del señor Rolant. (A los del otro. La Marquesa de Ibis mira satisfecha al Gran Duque Esteban.)
- D. EST. (Después de una pausa.) Vuestra Majestád está enferma...
- REINA Nunca me he sentido tan bien.
- D. EST. Visita Vuestra Majestad personalmente á gentes que padecen y...
- REINA Sí; mucha, mucha. He oído de sus labios cosas que llegan hasta el fondo del alma y que yo no les había oído nunca. De odio... y de amor.
- C.^a ROS. ¿Dónde, señora, y perdonad?
REINA Allí donde laten los corazones.
- D. WLA. También aquí laten por. . (No sigue porque ella le mira fijamente.)
- REINA (Con desprecio compasivo.) Por...
D. WLA. Por...
- REINA (No dejándole continuar.) Señores, tengo mucho que hacer aún y, por hoy, os hago merced de la compañía. (Con amabilidad fingida.)
- M. TIR. (Saludando.) Señora... (Saludan Damas y Caballeros y van saliendo por el fondo, puerta izquierda.)
- D. EST. (A la Reina.) Hemos de hablar.
REINA (Con firmeza.) Sí.
- D. EST. Seguis un camino fatal. El descontento en Palacio es tan grande que yo no lo puedo contener, y estallará.
- REINA ¡Por Dios, cada día lo mismo!
D. EST. Hemos de hablar ahora mismo.
- REINA (Poniéndose en pie, resuelta.) Buenas noches. Será mañana. (El Gran Duque vacila todavía y ella dice con energía.) Mañana. (Sale el Gran Duque.)
- D. WLA. Alexia, quisiera deciros...
REINA ¿Vos también?
- D. WLA. (Poniéndose la mano sobre el corazón.) Sí, que yo...
REINA Con vos, pasado mañana (El quiere seguir hablando.) O el otro, (El insiste.) ó la otra semana, ó el mes que viene. (Se separa de él casi corriendo. El sale.)

ESCENA XI

REINA ALEXIA, ROLANT y AYMERICH, que sale en seguida. La Reina ha cerrado la puerta del fondo izquierda

AYM. (Que entra por la puerta del fondo derecha.) Señora... El señor Rolant.

REINA Que entre. (Sale Aymerich y vuelve á entrar en seguida con Rolant. Este y la Reina quedan solos en escena)

ROLANT Señora...

REINA Señor Rolant: lo he oído todo, todo.

ROLANT (Sonriendo con cierta tristeza) Ya sabéis, pues, cómo soy.

REINA Cuando ha empezado á hablar he sentido una opresión angustiosa, como si me ahogase, y no entendía bien sus palabras. Después he tenido odio y grandes deseos de huir miedosa.

ROLANT He procurado no ofenderos.

REINA Sí; pero aquella gente en todo veía alusiones á mí y me parecía un mar rugiente y tempestuoso á punto de lanzarse contra la pobre mujer que... No he hecho mal á nadie para que tanto se me aborrezca.

ROLANT (Con pena y afecto.) No debíais haber venido.

REINA Sí; que después me he olvidado de todo el mundo como si escuchara yo sola. Cuando usted ha hablado tan hermosamente del amor á nuestros semejantes, mezclando ricos y pobres que quisiera ver siempre abrazados, me debo haber *ruborizado*, señor Rolant, porque me he puesto á aplaudir como todo el mundo.

ROLANT ¿A mí, señora?

REINA (Con cierta rabia y pena.) Señor Rolant: yo ruego al caballero que solo sepa él que le he aplaudido y que he llorado oyéndole.

ROLANT ¡Oh, señora!

REINA Y ahora he aquí el indulto de esa gente. Lo llevaba sobre el pecho. Mientras las palabras de su discurso caían sobre el entusiasmo de la multitud, mi corazón, bajo el nombre de los condenados, latía, latía fuer-

temente. (Entre risueña y llorosa se ha sacado del pecho el papel.) Sino que yo hago más, mucho más, señor Rolant. Mañana se publicará una Real crden aboliendo en esta nación la pena de muerte.

ROLANT ¿Será cierto? ¡Por Dios, señora, que el desengaño sería horrible!

REINA (Riendo.) Sí, sí. ¿Está contento de la Reina el señor Rolant?

ROLANT ¡Pero si no hallo palabras con que!..

REINA ¿Está contento? ¿Está contento? ¿Por qué aparta los ojos de mí? Deje que lea en su alma lo que sus labios no me dicen.

ROLANT ¡Oh, señoral ¡Mi alma os lo agradece tanto! ..
(Solloza, volviendo la cabeza para ocultárselo á ella.)

REINA (Ansiosa al ver que se ha callado.) ¡Siga, siga! (El se pone sobre sí rápidamente.)

ROLANT En estos momentos se me debe estar buscando, y como no se me encontrará en ninguna parte...

REINA (Resentida.) Se dudaría de su honradez política si se supiese que estaba con la Reina, y su popularidad...

ROLANT No es eso, señora.

REINA Buenas noches, señor Rolant. (En voz más baja y más íntima.) Buenas noches.

ROLANT (Después de uná pausa) Buenas noches... y...

REINA (Esperando que siga.) Sí.

ROLANT ... Y olvidemos, señora, nuestras... conversaciones... extrañas. Y ojalá que cuando lleguen acontecimientos tristes para la Majestad de nuestra Realeza no veais en mí al hombre perverso que ven vuestros partidarios, sino aquel otro enamorado hasta la idolatría de una idea que tiene por santa (sin poderse contener) y que, aparte de esta idea, si peligrase vuestra vida, señora, para salvarla daría la suya. (Va á marcharse; ella le detiene.)

REINA No. Si en mí hay una irreconciliable enemiga de esa idea y el único obstáculo para su triunfo, ¿por qué un sacrificio para salvar mi vida?

ROLANT (No sabiendo qué decir.) Por... por humanidad: por amor al prójimo.

REINA No: no es eso.

- ROLANT (Depidiéndose.) Señora: hasta nunca más.
- REINA No, no; de aquí no sale.
- ROLANT Es preciso.
- REINA Quiero saberlo.
- ROLANT Porque aborrezco la monarquía que simbolizais, y nunca haré traición á mi partido, á la causa de la igualdad ante Dios y ante los hombres. Y siendo estas creencias y estos propósitos tan firmes en mí, que son carne de mi carne y sangre de la sangre mía mientras viva, me parece que hoy se ha turbado mi pensamiento, que me he trocado á mí mismo, que desvarío, pues si no fuese así, ni por lo más sagrado hubiese entrado en esta casa, de la que mi conciencia me separa. Y es que, al desbocarse ayer vuestro caballo, también se desbocaba el alma mía. Y la serenidad huyó de mí y no hallo fuerzas que me la devuelvan.
- REINA (Con emoción.) Yo, yo detendré el caballo desbocado de su alma.
- ROLANT ¡No; nunca, nunca! Hay entre nosotros un Dios que nos separa.
- REINA Dios no separa; acerca, ata. El sol y la tierra se aman.
- ROLANT Desde lejos, y ellos mismos lo ignoran.
- REINA Pero nosotros lo sabemos. (El se apoya en el respaldo de una silla: ella espera que hable. Después lo toca como si lo despertase.) Señor Rolant.
- ROLANT (Como si despertase.) Perdonad. (Con tristeza.) Me he olvidado de que érais la Reina.
- REINA No; no soy la Reina para usted. Usted lo dice en todas partes. Pues bien, señor Rolant; lejos la Reina de su pensamiento. Yo soy una mujer, y soy tanto como las otras mujeres. Más, no; pero tanto como las otras, sí; sí que lo soy.
- ROLANT (Con pena.) No, no.
- REINA ¡Lo soy! ¡Tanto, tanto! (El niega con la cabeza.) ¡Ah, qué desespero, Dios no me ha hecho como las otras mujeres!
- ROLANT (Con tristeza.) Tenéis todos los privilegios de la tierra. Todo el mundo os dirá que os quiere; pero nadie os querrá por vos misma. Mirarán vuestro cetro, no vuestra persona. Y vuestro esposo será solo el rey consorte.

- Y si un hombre del pueblo levantaba los ojos hasta la altura de vuestra gracia, todo el mundo le juzgaría como á un miserable ó como á un ser ridículo; y vos también.
- REINA Yo, no. Mi corazón le diría: Gracias, gracias; no es un crimen estar donde estoy.
- ROLANT (Con tristeza.) Sí; el castigo del crimen es no poder ser amada.
- REINA Es usted cruel. No tiene corazón.
- ROLANT No, porque lo he dado á mi país.
- REINA Odio al partido de sus amigos, que son mis enemigos. Lo aterrará, lo encadenará. Lo ahogará en...
- ROLANT (Interrumpiéndola con gran emoción, pero sin odio á ella.) No lo digais.
- REINA ... En sangre, (Rompe á llorar.) que en lágrimas no puedo, aunque corriesen de mis ojos como ríos toda la vida.
- ROLANT Señora..
- REINA Señor Rolant: os veo una lágrima, una lágrima. (Con alegría extraña frente á él, observándole con la cabeza más baja que la de él.)
- ROLANT (Turbado.) No sé... (Súbitamente, volviendo el rostro.) hasta nunca, señora.
- REINA (Mirándole fijamente y cogiéndole una mano.) No; déjela caer. ¡Ah! ¡Sobre mi mano ha caído la lágrima! (Ríe con gran emoción. Junta las dos manos como queriendo guardar la lágrima entre ellas) ¿or quién es? ¿Por quién es? ¿Ha caído por mí de sus ojos la lágrima solitaria? ¿Es de pena por mí, señor Rolant?
- ROLANT Sí. ¿Por qué no decíroslo? (Rápidamente se enjuga los ojos.) Porque sois buena, porque lo merecéis todo menos ser Reina; porque me habéis dado la sangre de todo un pueblo al suprimir la pena de muerte.
- REINA Sí, sí y esta sangre me ha sido pagada con todo un mundo que es esta lágrima. Al sentirla caer aquí se ha estremecido como nunca el alma mía que ha pasado Dios por ella, Rolant.
- ROLANT ¡Oh, señora!
- REINA (Con desesperación.) No; no señora, que aquí quiere decir Reina. ¡Mi nombre!
- ROLANT Alexia.
- REINA Rolant.

ROLANT Alexia. (Acercándose cogidos de la mano, como si fuesen á besarse. Súbitamente él se desprende y dice:)
¡Ah, qué tormento más grande! ¡No; no! (se desploma sobre una silla.)

REINA Valor, Rolant; Dios hace milagros. Yo esperó en Dios. (Se oye rumores de voces en la habitación á donde ha ido la nobleza.)

ROLANT (Alzando la cabeza.) Los vuestros os contestan.
REINA ¡Ira de Dios!

ROLANT ¡Quisiera la muerte! (Mirando hacia la puerta del fondo izquierda.)

REINA No; esperemos.

ROLANT ¡Ah, ya no hay esperanza! (Va rápido hacia la puerta del fondo derecha.) ¡No hay esperanza!

REINA (Llamándole suplicante.) ¡Rolant!

ROLANT ¡No hay esperanza! (Sale sin volver á entrar.)

ESCENA XII

REINA ALEXIA, GRAN DUQUE ESTEBAN y todos los otros caballeros de la corte. La Reina ha caído sentada en una silla. Se vuelve á oír el rumor de las conversaciones que se acercan y se seca rápidamente los ojos

REINA (Después de una pausa va á abrir la puerta izquierda del fondo y dice resuelta.) Pues sí.

M. TIR. (Que entra el primero.) Señora...

D. EST. (Poniéndose delante de ella.) En nombre de la nobleza... (se calla.)

REINA Podeis seguir. ¿Qué se quiere de mí?

D. EST. Hemos temido por vuestra vida. Hemos sabido que ha estado aquí un criminal.

REINA (serena.) Al señor Rolant yo lo he llamado.

M. TIR. (Fingiendo serenidad.) Es el enemigo del trono.

D. EST. Por sus predicaciones merece la persecución y hasta la muerte.

REINA Precisamente le he entregado el indulto de dos sentenciados políticos. (Rumores de descontento.)

D. EST. ¿Qué habeis hecho?

M. TIR. Es doloroso tenerlo que decir pero sin el derramamiento de sangre estaríamos perdidos.

REINA Pues oid, señores; nunca más en mis Estados se derramará sangre mediante la san-

ción real, porque suprimo la pena de muerte en todo el Reino.

D. EST.

¡Alexia!

D. BRUN.

No puede ser.

M. ORÍS

Es imposible.

M. TIR.

(A media voz.) Eso no será. (Todos los nobles protestan.)

REINA

Yo así lo quiero. (Se apagan las protestas.) Y muchas gracias, señores, por vuestro interés. (El Gran Duque va á hablar.) Podeis retiraros. (Ella saluda ligeramente; ellos también mientras se retiran murmurando.)

D. EST.

(A los caballeros.) Esos son desvaríos de enferma.


M. TIR.

No puede ser. No puede ser.

REINA

(Enjugándose los ojos nerviosa. Con asco. Va hacia la cámara de la derecha y vuelve á mirar á los caballeros que van saliendo.) ¡Corazones de piedra! (Desaparece rápidamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala de confianza en casa de Rolant. Una puerta en el centro, otra á la derecha y otra á la izquierda. Es por la tarde

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO y JUAN que entran por la puerta de la derecha

- GUIL. Ya le he dicho que no puede verle.
JUAN Pero, ¿es que está enfermo ó que ha salido?
GUIL. Lo mismo da, no puede vérselo.
JUAN No importa; le esperaré.
GUIL. A tozudo pocos le ganarán. (Riendo.)
JUAN Yo siempre peleando por la república y por el afecto al señor Rolant.
GUIL. No quiere que se le llame señor Rolant. Pero, ¡quién se atreve!
JUAN Dice que todos somos hermanos, y como entre hermanos... (súbitamente.) ¿Sabes que te encuentro más grueso y más sano desde que estás con él?
GUIL. Tal cuál.
JUAN Tu padre sí que debe de estar esmirriado...
GUIL. No nos vemos muy á mⁿnudo desde que el Ayuntamiento nos dejó sin plaza.
JUAN Ya se sabe. Amo nuevo...
GUIL. Sino que mi padre salió ganando, porque la Reina lo tomó á su servicio.
JUAN ¡Y á esto lo llamas ganar! No sé cómo no te largo una...
GUIL. No grite, no grite...

- JUAN ¡Meterse en la madriguera de la mala víbora!
- GUIL. Mi padre siempre ha sido leal á aquella gente, y como jugaba con la Reina cuando era niña...
- JUAN Tú sí que has ganado. ¡Estar al servicio del señor Rolant; qué suerte local! Si yo creo que reventaría de satisfacción.
- GUIL. Yo siempre he sido republicano.
- JUAN ¡Quiero verle! ¡Quiero verle! (Pataleta infantil.) Vamos: entra á decirle que está aquí Juan.
- GUIL. ¿Haría usted esto si él le dijese que no quería ver á nadie?
- JUAN Yo no, pero si fuese yo el que quisiera verle, sí. Nadie más. Pero el loco Manías, sí. Que cuando no le veo no estoy bueno, y me enredaría á palos con mi costilla. (Se oye sonar un timbre.) Avisan. Debe ser él.
- GUIL. Bueno. ¡Márchese, márchese!
- JUAN Ni á tiros. (Se arregla la americana.) Y... no le digas que me he enfadado. (Fingiéndose alegre.)
- GUIL. (Mirando hacia fuera.) ¡Ca! Es mi padre.

ESCENA II

GUILLERMO, JUAN y FILIBERTO

- FIL. No vengo por tí, no; vengo por el señor Rolant.
- GUIL. ¿Usted á verle?
- FIL. Sí, yo. ¿Quién es este hombre?
- JUAN Soy aquel á quien llaman Juan Manías.
- FIL. (A Guillermo.) Pues al señor Rolant ya le sermonearé yo, ya, que es peor hombre de lo que me figuraba.
- GUIL. ¡Padre!
- JUAN ¡Ay, maldita sea...! ¿Qué podéis echarle en cara al señor Rolant? (Filiberto no le hace caso, sentándose.) Si no fuéseis tan viejo os haría comer estas palabras. (Yendo hacia él, que sigue no haciéndole caso.)
- GUIL. (Apartándolo) ¡Ep! ¡Ep! Deje tranquilo á mi padre.
- JUAN Es que esto no puede aguantarse, lo aprende en la madriguera de la mala víbora.
- FIL. ¡Calla, calla!

- JUAN Mala sangre. (Contrastará durante todo el diálogo el furor de Juan con la tranquilidad de Filiberto.)
- FIL. (Rápido.) ¡Oruga!
- JUAN (Pensando el insulto.) ¡Vejestorio!
- FIL. (Rápido.) ¡Sapo!
- JUAN (Pensándolo antes.) ¡Hijo de mala ralea!
- FIL ¡Grillo!
- JUAN (Pensándolo antes.)
- FIL (Rápido.) ¡Hormiga!
- JUAN ¡Criminal venenoso!
- FIL. ¡Moscardón!
- JUAN (Rápido.) ¡Monárquico!
- FIL. Me has matado (Guillermo, que reía durante toda la escena, ríe más fuerte. Juan queda fatigado, mudo. A Guillermo.) Hijo, ¿de dónde lo has sacado? Y guardaos de que le diga á la mala víbora que habéis estado aquí, que os sacaría de casa.
- JUAN
- FIL ¡Si tú sabías!
- GUIL. Me sabría mal que por culpa mía...
- FIL. (A Guillermo.) Calla y escucha. Y este que aprenda. El otro día pasó por mi lado cuando recortaba una rama, y me dijo: ¿No tienes ningún hijo?—Yo le respondo:—Tengo uno.—¿Y dónde está que no le conozco?—Es... es... un desgraciado.
- JUAN (Furioso.) ¿Un desgraciado?
- GUIL. Cállese.
- FIL. Y ella me preguntó cuál era su desgracia. La de vivir con un hombre perverso.
- JUAN (Descargando el puño sobre la mesa.) ¡Alto ahí!
- GUIL. ¡Padre, por Dios!
- FIL. Espérate.
- (Rolant asoma por la puerta de la izquierda.)
- JUAN ¡Yo estallo! ¡Yo estallo!
- GUIL. (sujetándole.) ¡Que os saco de aquí!
- FIL. Pues le dije que estabas al servicio de un tal Rolant, y me respondió con una voz débil que nunca le había oído, que conservases este sitio, porque el señor Rolant es una buena persona. (Casi horrorizado de la opinión de la Reina.)
- JUAN ¡Eh! ¡Eh! Y le llamábais perverso y mal sujeto.
- FIL. Sí, sí; pero tú no debes estar de acuerdo con lo que diga la... mala víbora.

GUIL. (Riendo.) Ahora sí que le ha cazado.
JUAN O... ES .. (No sabiendo qué decir. Al volverse tropieza con el señor Rolant.)

ESCENA III

GUILLERMO, JUAN, FILIBERTO y ROLANT

GUIL. Señor Rolant...
JUAN (Corriendo hácia él.) ¡Oh!
ROLANT (A Filiberto y á Juan.) Buënos días.
JUAN (Cogiéndole la mano y riendo.) ¿Qué tal? ¿Qué tal?
ROLANT Tú siempre escandalizando, que ya te he oído.
JUAN Un poquito, poco.
GUIL. (Señalando á Filiberto.) Es mi padre.
ROLANT (Dándole la mano.) Me alegro.
FIL. Yo no mucho.
(Rolant mira á Guillermo no comprendiendo.)
GUIL. Es todo corazon y...
JUAN No, que es de la víbora.
ROLANT (Riéndole.) ¿Qué es esto? ¡Este lenguaje!
JUAN Es de aquella... persona.
ROLANT (A Filiberto.) ¿Qué se le ofrece?
FIL. ¿Puedo decirlo todo?
ROLANT Sí; todo.
FIL. Que si no es usted un mal hombre, como dicen en casa de Alexia todos aquellos señorones, ahora mismo me ha de hacer un juramento.
ROLANT (Sonriendo.) ¿Un juramento?
FIL. Que no dará ningún otro disgusto á la pobre Alexia. ¿Me entiende? Que ya no irá diciendo á unos y á otros que es una mala mujer, que si hay que destronarla, que si hay que desposeerla de todo..
JUAN (A media voz en un rincón.) Sí señor, de todo.
FIL. (Lloroso.) Que si hay que matarla.
ROLANT Yo no he dicho nunca esto.
FIL. Porque hay que considerar que ella es buena como una santa, que yo sacaríá todos los santos y santas del cielo y la aposentaríá á ella sola para que estuviese más ancha y regalada.

(Juan se pasea nerviosamente é impaciente. Guillermo le contiene.)

ROLANT (Bondadoso.) Bueno, bueno.

FIL. Porque si usted la conociese como yo, como aquellos caballeros le besaría usted aquellas manos que, mal me está el decirlo, son suaves y finas como la misma seda.

JUAN (Yendo hacia él.) Primero veneno le daría yo. y la mano se la mordería.

ROLANT Juan, aquí.

JUAN ¿Sentado? (Rolant le hace con la mano señal de que sí. Juan se sienta al lado de Rolant, que le impide moverse.)

ROLANT (A Filiberto.) Siga diciendo.

FIL. Como usted no la conoce sino por el incidente del caballo desbocado que... (No sigue porque Juan le interrumpe.)

JUAN ¡Exc., la mala víbora! (Se lo dice á Filiberto, poniéndose la mano sobre la boca para que no lo advierta Rolant.)

FIL. Trátala con más respeto, que es nuestra Reina soberana mientras Dios quiera. (Rolant hace indicaciones á Juan para que no interrumpa.)

JUAN Mientras quiera el señor Rolant.

ROLANT ¡Juan!

JUAN (Levantándose.) Mientras quiera el señor Rolant, sí señor; que ya dura demasiado eso de aguantar á aquella mala... (Mirando á Rolant.) persona.

FIL. Hágalo callar.

ROLANT Calla

JUAN Sí, hágame callar á mí y que vaya diciendo ese espía.

FIL. ¿Yo espía?

ROLANT (A Juan.) Escucha.

JUAN No, que también yo quiero decirlo todo, que me moriría si lo callaba más tiempo. Sí que lo digo, sí, que todo el mundo está resentido y envenenado contra usted, que parece otro, y que si esto dura mucho le destituirán de la jefatura, y le tendrán por pasado al partido de la mala persona.

ROLANT (Furioso y cogiéndole por un brazo.) ¡Juan!

JUAN Sí que todo está á punto de confitura para acabar con la mala persona, y nadie entiende cómo no se da la orden de «Arriba mu-

chachos, á sangre y fuego, y hacerlo todo picadillo.» Y si usted no se determina, como va la fruta está muy en sazón, vendrá el destrozo de todos modos, y si no le fusilan los de la víbora le fusilarán los otros. (Guillermo contiene á Filiberto.)

ROLANT

Y tú delante de todos, ¿verdad? Tú mandando que me fusilen por traidor, ¿verdad? Tú, Juan, que me pensaba que tenías el corazón como yo, que te lo había amoldado con mis manos dentro del mío... tapándome los ojos y haciéndome arrodillar gritando: ¡fuego al traidor á la República! (Juan huye hacia un lado asustado.) ¿Qué sabes tú; qué sabes tú lo que me cuesta á mí la República? Otros gastan oro y salud para dar vida á la idea, y la sangre de sus venas para que triunfe, y yo, infeliz, doy toda mi alma: lo que más estima el hombre aquello que está más alto que el amor á nuestros padres y á la madre patria, y tiene más dominio que todo lo que gobierna la humanidad con mayor fuerza que el más tirano rey del mundo. Pero á mí no me vence ningún rey, ni de dentro ni de fuera, y el camino que se ha de hacer se hará; yo lo haré, y llegará la victoria de todos, aunque me tenga que costar la vida.

JUAN

(Sollozando ásperamente sobre el pecho de Rolant.)
Sí, sí.

ROLANT

(Sacudiéndolo.) ¿Oyes, oyes, Juan?

JUAN

Sí, sí.

ROLANT

¡Infeliz, que eres más bueno que el pan, y ni tú mismo lo sabes! (Filiberto llora en silencio.)

GUIL

Padre, ¿usted llora?

FIL.

De esto que ha dicho.

GUIL.

¿Qué cree usted que ha dicho?

FIL.

No lo sé, y ya ves, lloro.

ROLANT

Y ahora dejadme solo que quiero pensar en todo esto que me has dicho.

JUAN

(Enjugándose los ojos.) Vamos, vamos. Todos fuera.

GUIL.

(A Filiberto por Rolant.) No le diga nada más.

FIL.

Tenía razón Alexia. Es una bellísima persona. (Salen Juan, Guillermo y Filiberto por la puerta de la derecha.)

JUAN (Recogiendo la gorra que se había olvidado.) Si alguien se atreviera á tocarle... (Amenaza vagamente en el aire y sale.)

ESCENA IV

ROLANT, GUILLERMO, FRITS. Rolant ha quedado pensativo. Después vuelve Guillermo, adelantándose hacia Rolant sin decirle nada

ROLANT ¿Qué hay?

GUIL. Está el señor Frits (Pausa.)

ROLANT (Mortificado.) Que pase. (Sale Guillermo. Rolant se pasea nervioso.)

FRITS (Desde la puerta derecha yendo á estrechar su mano.)
Rolant.

ROLANT Hola, ¿qué te trae por aquí?

FRITS Nada... (Pausa corta.) vengo á verte. (Sentándose.)
¡Como no se te ve en ninguna parte!

ROLANT (Sentándose.) He estado enfermo y de mal humor...

FRITS Y todavía lo estás.

ROLANT No; ahora no. Y sobre todo viéndote á ti.

FRITS A quien tienes por tu mejor amigo. Por lo menos antes.

ROLANT Sí, Frits. Ahora y siempre; (Pausa. Quedan mirándose.)

FRITS Eso es. (Sonriendo y no atreviéndose á hablarle de lo que le ha traído hasta él.)

ROLANT Desembucha, porque te estoy conociendo que quieres decirme algo.

FRITS Ayer noche nos reunimos todos menos tú.

ROLANT Dispensadme, pero... (Frits espera que siga, pero como no lo hace sigue él.)

FRITS Pues acordamos seguir adelante resueltamente y en seguida.

ROLANT Pero yo no estaba allí para acordarlo. ¿Es que se me ha destituido á mí?

FRITS No, hombre, no.

ROLANT ¿Es que estorbo á alguien?

FRITS ¡Rolant!

ROLANT Porque si estorbo á alguien, que se ponga en mi lugar el que quiera; que yo ya he dicho resueltamente muchas veces que no quiero honores para el día de mañana. Y

- para echarnos á la calle tanto me importa un sitio como otro, porque en el de mayor peligro estará Rolant y veremos lo que hacen los demás. Pero esto de tomar un acuerdo en ausencia mía, es una ofensa que se me hace.
- FRITS Escucha.
- ROLANT No merezco que se haya perdido la confianza en mí.
- FRITS Pero escúchame.
- ROLANT He hecho yo más por la república que todos ellos juntos, desde el primero al último. Porque...
- FRITS (Gritandō más que él.) Que me dejes hablar á mí de una vez. Se acordó venir á verte hoy aquí para saber qué determinaba en definitiva nuestro jefe indiscutible.
- ROLANT Es que tú me decías...
- FRITS Y que yo viniese á prevenirte para que no salieras de casa.
- ROLANT Está bien.
- FRITS Si alguien te hubiese ofendido yo hubiera salido en tu defensa: créeme.
- ROLANT Te creo.
- FRITS Ahora vé á saber lo que cada uno de ellos piensa de tí.
- ROLANT Y tú, ¿qué piensas?
- FRITS ¡Hombre!
- ROLANT Con toda franqueza.
- FRITS ¿Te ofenderías si lo dijese?
- ROLANT (Levantándose) Es que ya me ofendes sin decirlo.
- FRITS Vaya, Rolant: háblame tú sinceramente á mí, como si fuese tu padre, que por la edad ya te lo podía ser. (Pausa.) Nunca había habido secretos entre nosotros.
- ROLANT ¿Qué quieres saber de mí?
- FRITS Lo que te ha pasado desde el día en que salvaste la vida de la Reina.
- (Pequeña pausa, durante la cuál Rolant se pasea nerviosamente; después para en seco y dice con resolución.)
- ROLANT Pues mira: voy á contártelo todo, y rápidamente, porque hasta me da pena y vergüenza y rabia el pensarlo.
- FRITS Pero siéntate.

ROLANT (Sentándose.) Al día siguiente de lo del Parque hice una tontería; fui á ver á la Reina. Yo no tenía que haber ido. Un hombre de mis ideas por nada del mundo sube aquellas escaleras, y yo las subí dos veces.

FRITS Todo el mundo lo supo.

ROLANT Extrañándolo, ¿verdad?

FRITS Sí.

ROLANT Yo me decía: un deber de humanidad te obliga; vas á salvar la vida de dos desgraciados. Pero no iba por esto solo. Iba, y después lo he visto claramente, porque me atraía aquella mujer, porque era para mí un placer hablar con ella, porque yo, que por todas partes había hablado tan mal de la Reina, no sabía sustraerme á la admiración que me causaba hallarla, no como la había creído, sino buena sobre toda ponderación, como otras muchas mujeres, hasta el punto de haberse conmovido por un discurso mío y haber firmado el indulto de aquellos infelices, prometiéndome con lágrimas en los ojos suprimir para siempre el horror y la injusticia de la pena de muerte.

FRITS Así se dijo.

ROLANT Y no ha sido. ¿Y sabes por qué no ha sido? Porque el partido de la corte se rebeló el mismo día en palacio y al día siguiente en los cuarteles, y aunque las tropas no salieron á la calle, la Reina tuvo que entregarse. Y cayó el Gobierno liberal. Y se suspendieron las Cortes. Y el absolutismo es más grande cada día. (Con misterio.) ¿Y sabes por qué ha sucedido todo esto? Por culpa mía. La Reina me hizo saber que si yo la quería salvar de aquella gente se comprometía á formar un Ministerio con gente nuestra, á mis órdenes. Que yo ataría y desataría á mi gusto constituyendo el partido más democrático del mundo, dentro de la Monarquía.

FRITS Era tentador.

ROLANT ¡No; nunca! Me negué resueltamente. Y volvió á venir la dama que posee la confianza de la Reina, que yo á ella no he querido volverla á ver, pidiéndome otra vez que la salvase para bien suyo y de toda la Nación. Que

no lanzara la tierra á una guerra civil á causa de una exagerada tenacidad mía. Que yo dispondría del poder como cosa propia. Y me negué en absoluto y con más crudeza de forma que la otra vez, sin querer volver á hablar á aquella dama, que estaba interesada en que yo mismo hablase á la Reina. ¿Y sabes por qué no la quise ver á la Reina? Porque si la hubiese visto, no sé lo que me habría pasado; temí llegar á enloquecer hasta el punto de hacer traición á mi partido y á mis ideales. No he vuelto más; no he vuelto más. Y seguramente en reacción á este desprecio mío, toda la buena voluntad que me demostraba se la habrá convertido en odio. Y ahora que digan nuestros amigos si he dejado de combatir, yo, que he combatido contra mí mismo; si no he sido más consecuente y más tenaz que todos ellos juntos por la causa de la República.

FRITS ;A cuántos, en tu lugar, se les habría ido la cabeza!

ROLANT Pues á mí no; ni la cabeza ni el corazón, que cuesta más de dominar.

FRITS Ciertamente.

ROLANT Combatir sobre las losas de la calle no es nada. Subir las escaleras del palacio real á sangre y fuego es muy poco. Hasta dar la vida por un ideal no es al fin y al cabo una gran cosa. Pero ir en contra de lo que te mandan aquí dentro; (La mano sobre el corazón.) despreciar la atracción más fuerte de la vida cuando todos los caminos se te han hecho fáciles y luminosos para llegar á ella, para fundir todo tu ser en el ser idolatrado que parece haber creado para tí solo toda la sabiduría de la Naturaleza, es, ó el acto más sublime de la tierra, ó la más grande de las infamias y de las tonterías. A Jesucristo, cuando vino al mundo, le faltó, como sacrificio á vencer, una cosa: amar y sacrificar la mujer amada á la humanidad entera. (Queda abatido.)

FRITS (En pie, mirándole.) No sé si admirarte ó compadecerte.

ROLANT (Levantándose y sonriendo.) Hablándote en ver-

dad, siendo tú como eres, no puedes hacer ni una cosa ni otra.

FRITS ¿Por qué?

ROLANT Porque tú, esto que te he dicho, no lo has sentido nunca.

FRITS Me he enamorado muchas veces, no vayas á figurarte; todas las que he podido. Y todavía...

ROLANT No es eso; no es eso. Ya sé que es ridículo todo lo que te he dicho. (Riendo.) Que un político, sobre todo un jefe de partido revolucionario, no puede enamorarse nunca como yo. Las mujeres, ¿para qué se quieren? Para pasar el rato... ¿Verdad, amigo? (Ríe, golpeándole amistosamente la espalda.)

FRITS Así debieras hacerlo.

ROLANT (Con risa forzada.) ¡Ya lo probaré! ¡Ya lo probaré!

FRITS Mira: yo conozco á un gran político que pegaba á su mujer. Pero debemos avanzar mucho, porque ahora la mujer le pega á él. (Ríe á carcajadas.)

ROLANT Ya sé lo que tú escogerías.

FRITS (Riendo y preparándose á salir.) Que nos pegásemos los dos.

ROLANT De lo que te he dicho ni una palabra á nadie.

FRITS A nadie.

ROLANT Y venid en seguida.

FRITS Dentro de una hora. Pero no seas más romántico.

ROLANT Ya verás de aquí á una hora.

(Sale Frits por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

ROLANT, REINA ALEXIA y GUILLERMO un momento. Rolant, al quedar solo, se pasea á grandes pasos. Después se detiene mirando la hora

ROLANT Ya quisiera que estuviesen aquí.

GUIL. (Por la puerta del centro.) Han llegado unas señoras que dicen que no quieren ser vistas. (La Reina Alexia entra en seguida que ha hablado Guillermo por la misma puerta, y se sienta en una silla

- que está cercana. Guillermo sale después de cerrar la puerta de la derecha.)
- ROLANT (Sin fijarse en ella.) Señora...
- REINA (Poniéndose en pie.) Señor Rolant...
- ROLANT (Reconociéndola.) ¡Aquí!
- REINA (Hablará muy emocionada, pero sin lágrimas.) Me moría: no he podido más... y he venido.
- ROLANT (Indicándole que se siente.) Perdonad si con la sorpresa...
- REINA No. Y háblème sinceramente, señor Rolant; ¿debo marcharme en seguida ó puede usted escucharme?
- ROLANT (Con entusiasmo de amor.) ¡Puedo! ¡Quiero! ¡Ardo en deseos de escucharos! ¡Ardo en deseos de deciros lo que no creía poder deciros nunca porque estaba seguro de que nunca más os vería, como... como ahora. (La ha acompañado á sentarse.)
- REINA ¡Como ahora no!... ¡Evocaba usted en sus soledades otra visión: mi palacio hecho ruinas por su amigos y entre el horror de la devastación yo exánime, muerta!
- ROLANT ¡Muerta no!
- REINA Y usted triunfador de todo. Habiéndome vencido á mí en todo.
- ROLANT En todo no os venceré nunca, porque... porque hace tiempo que la felicidad se ha acabado para mí. Y el día que caiga vuestra monarquía...
- REINA (Suplicante.) ¿Qué?
- ROLANT Yo seré, como lo soy ahora, el hombre más desgraciado de la tierra.
- REINA ¿Por qué no vino á socorrerme cuando yo le llamaba?
- ROLANT (Con desesperación.) Porque yo no os puedo socorrer; porque yo quiero vuestro mal. ¡Porque yo puedo defender á un condenado á muerte, al más criminal de todos los hombres; pero á la Reina no la puedo defender!
- REINA ¡Dios mío!
- ROLANT No puedo. No puedo.
- REINA Yo no soy criminal. Yo defiendo mis derechos que son sagrados para mí, derechos que me legaron mis padres, ganados por los suyos en el campo de batalla. Esta tierra es mía.

- ROLANT (Con afecto.) No lo es.
REINA Si usted fuese hijo de reyes no abandonaría su sitio de honor.
ROLANT (Con afecto.) No es un sitio de honor. Porque...
REINA (Con temor y arrancando en lloro.) ¡No lo diga! ¡No lo diga! ¡No lo diga!
ROLANT (A media voz.) ¡Qué desgracia tan grande la mía!
REINA (Súbitamente.) ¿Por qué? ¿Por qué es una desgracia para usted?
ROLANT No os lo puedo decir.
REINA ¡Por cobardía no me lo puede decir!
ROLANT (Apartándose de ella.) ¡Oh, sí, por cobardía! ¡Por cobardía!
REINA (Corriendo hacia él.) Pues yo sí se la diré su desgracia, porque soy valiente. Su desgracia es amarme á mí.
ROLANT (Queriendo negar.) Señora...
REINA (Insistiendo convencida.) ¡Me tiene amor! ¡Me tiene amor!
ROLANT ¡Sí!
REINA ¡Rolant! (El quiere apartarla.) Rolant: bendito sea Dios que le ha puesto en mi camino.
ROLANT ¡Yo no puedo bendecir á ese Dios!
REINA Sí que puede: como yo, que seré la mujer más suya de la tierra. Estableceremos la paz entre los hombres. Haremos de la tierra un paraíso. Partiremos nuestro pan con el desheredado. No gustaremos placer alguno mientras haya lágrimas en torno nuestro.
ROLANT ¡Oh si pudiese ser! ¡Bella visión!
REINA ¡Será! ¡Será!
ROLANT Y haremos un pueblo de ciudadanos. Trabajaremos todos por igual: la propiedad será de todos: los primeros serán los más buenos: la nobleza será la honradez y la virtud: la dignidad será el trabajo.
(Ella ha ido aprobándolo todo.)
REINA Rolant: ¡qué felicidad para mí!
ROLANT ¡Qué felicidad más grande para todos!
REINA ¡Serás mi esposo ante Dios y los hombres!
ROLANT ¡Y con qué orgullo!
REINA ¡Rolant!
ROLANT ¡Alexia! (Se besan.)

REINA Para orgullo el mío teniéndote al lado mío, en el trono real bajo la pompa del palio suntuoso.

(Rolant lucha por separarse de ella, consiguiéndolo al fin.)

ROLANT ¡No; nunca! ¡Eso nunca! ¡Nunca en la vida!

REINA (Con gran pena.) ¡Oh! ¡Rolant!

ROLANT ¡A ras de tierra sí, y para trono vuestro mis brazos, y lejos, en otras tierras felices!

REINA ¡Ah, eres de hierro y no sientes el corazón!

ROLANT ¡Sí; pero no puedo valerme de él!

REINA Yo en tus labios he sentido la vida.

ROLANT (Con pena y horror.) ¡Yo en los vuestros sangre!

REINA ¡Toda yo sería amor de paraíso, Rolant!

ROLANT Pero hay entre los dos espadas de fuego que guardan la entrada.

REINA Por ti se humillarán.

ROLANT Yo las quiero altas, y el amor está dentro.

REINA Pero sale á buscarte.

ROLANT Pues quedaros conmigo afuera. Y fuera será el paraíso para todos los hombres

REINA Rolant: sobre todo y sobre todos seamos nosotros mismos.

ROLANT (Señalando su habitación.) Aquí.

REINA (La mano sobre el corazón.) Aquí.

ROLANT Sí; pero al suelo la corona.

REINA (Resuelta.) No.

ROLANT Perdonad si me he atrevido. Estos sacrificios no los hace nadie.

REINA (Con gran pena.) Pues todo ha terminado. Usted á su misión: á trabajar por destruir todo lo existente, soñando en un mundo mejor; sin rastro del ayer; arrancando hasta las raíces del pasado: yo á morirme Reina, con el odio de todos, con el desprecio... hasta de usted.

ROLANT ¡Alexia!

REINA Alexia, no. La Reina, (Con mucha ironía.) la mujer débil y cruel que quería abolir la pena de muerte y no lo ha hecho; que solo es de los suyos, de los orgullosos de su jerarquía, de los imbéciles de la realeza y que hoy mismo, la voluntad perdida, celebrará sus esponsales regios...

ROLANT ¡Oh, no!

REINA (Sollozando desesperada.) Sí, hoy mismo; sí, sí. Con el Gran Duque Wladimiro, que me llevan á él como á la muerte aquellos á quienes usted me entrega: Usted que no quiere la pena de muerte para los suyos y para mí sí. Porque yo voy hacia la muerte, señor Rolant. Y moriré contenta, siendo la más infeliz mujer nacida.

ROLANT (Con ira.) No será; no será, porque yo no quiero que sea.

REINA He venido á usted desesperada, pasando por todo, diciéndole que me moría; extendiendo los brazos, buscando aire de salud para mi alma dolorida. Y usted me ha lanzado hacia los míos, como una mala mujer.

ROLANT ¡No; no os casaréis!

REINA Como una leprosa, como una deshonrada.

ROLANT No os casaréis; no os podéis casar con ese hombre. Lo decís para atormentarme, para hacerme padecer todavía más de lo que he padecido estos días en que mi alma se torturaba en un infierno de dolor. Yo quiero que no seais de nadie: ¿lo oís? de nadie, que yo sabré arrancaros de sus brazos: yo os quiero para mí: os amo, te amo, Alexia: no he renunciado á ti ni renunciaré nunca porque te amo, Alexia, arrancándote la corona primero, y si ya fueses de otro, arrancándote la corona y la vida.

REINA ¿Por qué me amas? ¿Cómo me amas que no puedo saberlo? ¿Por qué cuando quisiera fundirme en ti me desprecias maldiciéndome?

ROLANT (Abrazándola) ¿Despreciarte, Alexia? ¿Despreciarte yo? ¿Maldecirte yo á ti? ¿A ti? Si te maldijere, á mí mismo me maldeciría. Lo que yo quiero es arrancar de ti lo que en ti no es tuyo, esa flor de trapo que han atado al árbol de tu hermosura. Dios no te la ha dado. Eso sí, eso sí. Fuera de ti ese monstruo que te está mordiendo el corazón; ese tigre que contigo se durmió en tu cuna y que desde el fondo de tus ojos de gracia y de bondad lanza su mirada de fiera y que se llama tu realeza. Sus garras te han ido arrancando las plumas de tus alas de ángel

con las que naciste como las demás mujeres que al nacer todas sois ángeles. Y ahora no puedes volar. ¡Dios no ha hecho reyes, mentira! Dios ha hecho hombres. Y cuando el Espíritu del Mal quiso serlo en el cielo lo arrojó al abismo.

REINA ¡Rolant! ¡Rolant! Yo quisiera ahora morir en el lazo de tus brazos cada vez más apretado que á ti mismo te matase (Le abraza más fuertemente.) así; así, abrazándome. ¡Qué bien estoy contigo! ¡como adormecida en ti!

ROLANT ¡Alexia!

REINA Cierra los ojos como yo. Así... así... Si no despertásemos nunca. ¡Si ahora muriésemos!...

ROLANT (Con voz muy suave.) ¡Alexia!

REINA El caballo desbocado... si ahora nos arrebatara así á los dos y nos trasportara por las nubes eternamente unidos, sin que llegase hasta nosotros el vaho de la tierra ni la voz de los hombres, que son crueles.

ROLANT (Muy íntimo.) Todos crueles; todos.

REINA Tú, no.

ROLANT ¡Alexia!

REINA Rolant. (Pausa larga. Después se oye hablar detrás de la puerta de la derecha.) ¿Voces de hombre?

ROLANT Me he olvidado de la tierra. (Lleva á Alexia hacia la puerta izquierda.) Alexia, ven.

REINA ¿Quiénes son? ¿Dónde están?

ROLANT ¡Ay, que no ha acabado nuestra desventural

REINA ¿Están aquí dentro?

ROLANT Sí, Alexia; márchate.

REINA ¿Son enemigos míos?

ROLANT Todos contra ti.

REINA ¿Conspiran contra mí en tu casa?

ROLANT (Para que calle.) ¡Sí te oían!

REINA ¡Y me has jurado amor!

ROLANT Psch.

REINA ¡Eres un mal hombre! Lo que dicen los míos de ti.

ROLANT No, Alexia; no. (El le alarga los brazos y ella se aparta.)

REINA ¡Ah!

ROLANT Calla.

REINA ¡Loca de mí!

- ROLANT ¡Calla!
- REINA ¿Para qué he venido?
- ROLANT Para que os dé mi vida. (Como si buscase un arma en el cajón de la mesa) ¿La queréis?
- REINA (Yendo hacia la puerta de la derecha.) ¡Paso, caballero!
- ROLANT ¡Por aquí, no!
- REINA ¡Por aquí, no; que aquí están los que asesinan!
- ROLANT ¡Guillermo! (Llamándolo por la puerta del centro.)
- REINA ¿Para qué salvarme? Abra esa puerta y que maten á la Reina.
- ROLANT ¿Me estoy ahogando y no os muevo á piedad?
- REINA ¡Ya no hay piedad en la tierra!
- (Ha entrado Guillermo por la puerta del fondo.)
- ROLANT Guillermo: Deprisa. Por el jardín: que nadie la vea. (Mientras tanto, sollozante, envuelta en su velo, sin llorar Alexia ha ido saliendo por la puerta del centro. Rolant queda en medio de la escena escuchando como se aleja. Se oye el mismo rumor de conversaciones al otro lado de la puerta de la derecha.) No firmarán los esponsales; no los firmarán. (Se pasea agitado.)
- GUIL. (Desde la puerta del centro.) Señor.
- ROLANT ¿Dónde está?
- GUIL. El coche está ya lejos.
- ROLANT Abre, pues.
- (Guillermo abre la puerta de la derecha y sale después por la misma.)

ESCENA VI

ROLANT, FRITS, TOAST, ALDRET, TORNAMIRA y OTROS

- FRITS ¡Hola, Rolant!
- ROLANT Adelante, señores. Perdonad; terminaba un asunto que no podía abandonar...
- TOAST Salud, amigo.
- (se han ido dando las manos.)
- ROLANT ...y ya estoy con vosotros.
- ALDRET Compañero y amigo...
- TORN. ¡Rolant!...
- ROLANT A vuestras órdenes. Sentaos, sentaos. Y á trabajar, que estoy impaciente.

- FRITS Mientras estábamos esperando, ya les he dicho lo que hemos hablado contigo, y todos estamos de acuerdo y afanosos como tú de poner manos á la obra. En nombre de todos te diré, pues, que esperamos que des la señal, porque eres tú quien tiene que darla. ¿Verdad, señores?
- TOAST Y OTROS Sí, él; nuestro jefe.
- ROLANT Vuestro jefe, sí. Y si lo era cuando no había ningún peligro en la propaganda, y tanto me importaba serlo, ahora que es de peligro reclamo para mí este cargo. Porque ya se ha acabado el esperar la ocasión. La ocasión es hoy.
- ALDRET Muy bien.
(Todos aprueban.)
- TORN. ¿Pero estamos preparados para hoy mismo?
- ALDRET Y OTROS Sí señor, sí.
- ROLANT El cuartel de San Jorge espera el momento. Es nuestro el pueblo en masa. Las armas ya hace tiempo que están repartidas, sin contar las que están en depósitos que saben los jefes de distrito y de grupo.
- FRITS Lástima que el castillo de la Guardia no sea nuestro.
- ROLANT Es el único; pero se unirá al movimiento.
- TORN. Y el cuartel de los Capuchinos tampoco.
- ROLANT Ya el pueblo le hará abrir las puertas.
- TODOS Quizá valdría más esperar.
- TOAST Eso, no.
(Los otros también lo niegan)
- ROLANT (Dominándolo todo.) ¿Esperar? ¿Qué quiere decir esperar? ¡Hoy ha de ser! Hoy, día solemne para la Corte; hoy, que van á celebrarse los esponsales de la Reina con un Príncipe inepto. Nuestra solemnidad tiene que ser antes que la suya. Entraremos en Palacio y destruiremos todo en el instante en que con esos esponsales se iba á inferir una ofensa á la Nación.
(Gran entusiasmo en todos.)
- TOAST Hoy.
- ALDRET Ahora.
- FRITS Esta noche.
(Casi simultáneamente. Los demás asienten.)
- ROLANT Y caerá la Monarquía, y á esa mujer la

arrancaremos de los brazos de ese miserable, aunque nos cueste la vida.

FRITS (Dándole á entender que ha ido demasiado lejos.) ¡Rolant!

ROLANT (Comprendiéndolo.) Sí, porque la República es antes que todo y derribaremos el Trono.

FRITS Y OTROS Todos te seguiremos.

ALDRET Manos á la obra.

FRITS Dinos la hora.

ROLANT Compañeros, la hora ha de ser... (Se calla porque entra Guillermo.)

ESCENA VII

DICHOS. GUILLERMO y después SEÑOR ARMAÑACH

GUIL. ¡Señor Rolant!...
(Ha entrado por la puerta de la derecha que había ajustado al marcharse. Alarma en todos.)

ROLANT ¡Calma, amigos! (A Guillermo.) ¿Qué hay?

GUIL. El señor Armañach.

FRITS (Extrañado) ¿El expresidente del Consejo?

TOAST ¿El jefe de los liberales?

ROLANT Que pase.

(Sorpresa en todos.)

ALDRET Pero...

TOAST No es de los nuestros.

(Otros manifiestan también desconfianza y oposición á que entre.)

ROLANT (Resuelto á Guillermo.) Que pase. (A sus amigos.)

¡Quién sabe!

(Sale Guillermo.)

SR. ARM. ¡Señor Rolant!

ROLANT ¡Señor Armañach!

SR. ARM. Señores: El Gobierno acaba de disolver las Cortes. (Se oye muy lejano un redoble de tambores y toques de corneta.) Y escuchad. Se está proclamando el estado de sitio en todo el Reino. (Pausa. Se oye más cerca los tambores y las cornetas. En escena los personajes discuten.)

ROLANT ¡Qué importa! ¡Nosotros á lo nuestro como nunca; más que nunca!

(Algunos hablan con Armañach, otros con Rolant.)

SR. ARM. Señores: Vengo en nombre de mi partido.

El actual es un grave momento. ¿Nos queréis con vosotros?

ROLANT Sí, sí.

TODOS Sí, sí.

ROLANT Para derribarlo todo.

SR. ARM. Todo. El castillo de la Guardia es mío y el cuartel de los Capuchinos también.

FRITS ¡Viva la gente digna!

TODOS ¡Vival! ¡Hemos triunfado! ¡La ciudad será nuestra! ¡Toda la nación!

SR. ARM. Señor Rolant, usted manda.

ROLANT (Dándole la mano.) Con usted.

SR. ARM. A sus órdenes.

(Se abrazan. (Gran entusiasmo.)

ROLANT ¡Por nuestra patria!

SR. ARM. ¡Por el pueblo soberano!

FRITS ¡Que se cierren las fabricas!

TOAST ¡A las barricadas!

ALDRET ¡A la libertad!

ROLANT (Imponiendo silencio) Compañeros: (Todos callan escuchando. Se oyen mas cerca los tambores y las cornetas.) Salid todos tranquilos y separados, y al primer cañonazo del castillo de la Guardia, á vuestros sitios y á libertar á la patria. (Gritos de entusiasmo mal contenidos. Vuelven á abrazarse Rolant y Armañach y van saliendo todos mientras más cerca y en otro lado se oyen los tambores y las cornetas que proclaman la ley marcial.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Gran sala del Palacio Real. Puertas á los lados. En el fondo galería de cristales. En el centro una mesa. La escena y la galería iluminadas.

ESCENA PRIMERA

GRAN DUQUE ESTEBAN y MARQUÉS DE TIRNOVA

- M. TIR. Una falsa alarma, Alteza.
D. EST. Es necesario vivir muy prevenidos, señor Presidente del Consejo.
M. TIR. Lo estamos, y á cada amenaza de esa gente, que solo goza sembrando la intranquilidad, ya ve Vuestra Alteza cómo no descansa el Gobierno que Vuestra Alteza patrocina.
D. EST. En nombre de la Reina le ruego, señor Marques de Tirnova, que no olvide nunca que la Reina... es la Reina.
M. TIR. Al nombrar á Vuestra Alteza, mi pensamiento ve siempre á Su Majestad la Reina.
D. EST. Y por parte de la Reina no se escasean los medios de defensa. Se ha firmado la disolución de las Cortes y la suspensión de todas las garantías.
M. TIR. Tengo noticias de que la proclamación del estado de sitio les ha aterrado.
D. EST. Es natural. Dicen los partidos nuevos que el pasado sucumbe al peso de su propia carcoma, y creen que con el aliento de sus discursos derrumban las monarquías. Mien-

- tras tengamos el aliento de los cañones y sea nuestro pecho salvaguardia del trono, ¡ay de ellos, señor Marqués, ay de ellos!
- M. TIR. ¡Ay de ellos! Su desconcierto será mayor cuando sepan la prisión de sus jefes.
- D. EST. Si hemos llegado á tiempo, porque si han sospechado...
- M. TIR. He dado la orden yo mismo. A estas horas estarán ya todos en el castillo de la Guardia. Mi espionaje es excelente. Les he educado hasta el olfato...
- D. EST. ¡Muy bien!
- M. TIR. Son tan excelentes mis espías, que han descubierto que esta tarde se reunían los más exaltados en casa de Rolant, y he mandado que lo cercasen. (Riendo.)
- D. EST. (Riendo también.) ¡Imprudentes... y esos son revolucionarios!

ESCENA II

GRAN DUQUE ESTEBAN, MARQUÉS DE TIRNOVA y DUQUESA DE FONDAINA. Esta entra en escena por una puerta de la derecha y va hacia la izquierda enjugándose una lágrima

- M. TIR. (Recomendando reserva.) La Duquesa de Fondaina.
- D. EST. Mejor. (Llamándola.) Señora Duquesa.
- D.^a FON. (Yendo hacia él.) ¡Príncipe!
- D. EST. Diríase que habéis llorado, señora Duquesa.
- D.^a FON. No sé...
- D. EST. Yo os ruego que pongais cara de fiesta como hoy os corresponde. Venís de la cámara de la Reina, que va á celebrar sus esponsales con el Príncipe, mi hijo, y podrían creer que... envidiais la suerte de la Reina (Fingiendo cortesía.)
- D.^a FON. Lo que envidia es la alegría de Vuestra Alteza, porque solo siendo muy alegre puede decirseme una cosa así... (Riendo.) El Príncipe Wladimiro no es para mí.
- D. EST. (Irónico.) Vuestro alto linaje...
- D.^a FON. Ya lo sé. Pero no es eso. Y perdone Vuestra Alteza. (Va á marcharse.)

- D. EST. (Casi imperativamente.) No. ¿Y por qué no podía ser para vos?
- D.^a FON. Eso, Príncipe...
- D. EST. ¿Si yo mandase que se me dijese?... (sonriendo para contener su violencia.)
- D.^a FON. No es preciso mandármelo. Porque yo al Príncipe Wladimiro no le querría por esposo. (Saludando sonriente) Alteza...
- D. EST. (Para que no se vaya.) Todavía no, Duquesa.
- D.^a FON. (Sonriendo.) Me habéis mandado que estuviese alegre. Y ya lo estoy. Así, pues, si Vuestra Alteza no desea otra cosa...
- D. EST. Pues sí: preguntaros si conocéis una dama que llamándose amiga de la Reina, solo procura amargarle la vida
- D.^a FON. La conozco como á mí misma
- D. EST. Decidle, pues, que está jugando con fuego, porque se la vigila muy de cerca.
- D.^a FON. (Al Marqués de Tirnova, que se habrá retirado un poco.) No se aparte usted, señor Presidente.
- M. TIR. No, si yo...
- D. EST. Es que hay en Palacio una dama que la Duquesa conoce muy bien, á quien conviene corregir, porque parece haber olvidado que en un país como el nuestro, antes que todo, es la salud del trono.
- M. TIR. Ciertamente.
- D.^a FON. Habría mucho que hablar sobre esto, si Vuestra Alteza me lo consiente. Porque el trono no debe ser un lugar de martirio, sino un sitio de veneración y... de alegría para la persona que lo ocupa. Y en nuestro país á la Reina Alexia se la ha clavado en él como á una cruz de sacrificio.
- D. EST. (Violentemente.) ¡Señora Duquesa!...
- D.^a FON. (Muy emocionada) Se me ha hecho hablar, señor Príncipe, y hablo, que ya no podía más.
- M. TIR. ¡Por Dios, señora Duquesa!
- D. EST. Déjela hablar.
- D.^a FON. Pues sí, hablaré. Se está matando á la Reina, y quizás se esta matando á la monarquía...
- D. EST. (Conteniendo al Marqués de Tirnova, que iba á hablar.) No.
- D.^a FON. La Reina va hoy á sus esponsales como

quien va á la muerte, que aquí no es ella la Reina, porque, para mejor gobernarla, se la ha separado de todos los que la quieren. Cuando empezaba á contar con el país, abriendo las puertas del Gobierno á los elementos populares, que son tan hijos de la patria como nosotros, se la ha obligado á cerrarles estas puertas, que eran además las del corazón de la Reina, señor Príncipe, y se la ha entregado á un Gobierno que es una desdichada equivocación, (Ríe el Presidente, mirando al Príncipe, que también ríe.) é invocando la razón de Estado, que no es ninguna razón, se la obliga á casarse con un Príncipe inepto; porque no ha encontrado en nadie una fuerza para sostenerla: los unos porque no quieren salvar ni una astilla del Trono; los otros por miedo á Vuestra Alteza.

D. EST. (Fingiendo serenidad.) Tiene vuestra fuerza, que á fe es fuerza contra mí.

M. TIR. Y tanto.

D.^a FON. ¡Ahl... si mi fuerza valiese, el señor Marqués de Tirnova, ya no estaría aquí, sino en el destierro.

M. TIR. Muchísimas gracias.

D.^a FON. Y en cuanto á mi valentía... cumplo con mi conciencia.

D. EST. No dudaréis de mi paciencia.

D.^a FON. (Interrumpiéndole.) Y en cuanto á mis consejos... si ellos valieran no se celebrarían ahora estos esponsales, por ridículos y por monstruosos.

D. EST. (No pudiendo contenerse.) Señora Duquesa...

D.^a FON. ¡Primero arrojaría la corona! ¡Primero y siempre ser mujer antes que Reina!

D. EST. (Queriendo hacerla callar.) Basta ya.

D.^a FON. Corona que no recogería Vuestra Alteza, sino el pueblo.

D. EST. ¡Basta ya, he dicho!

D.^a FON. Ni una palabra más.

D. EST. Al pie del Trono os habéis crecido demasiado. Vuestra insolencia, señora Duquesa de Fondaina, os costará muy cara.

D.^a FON. Ni una palabra más.

D. EST. Marchaos enhoramala, que habéis caído

bien bajo. (Parece que ella se detiene para contestar, y después sale resuelta por la izquierda, diciendo solamente:)

- D.^a FON. Ni una palabra más.
D. EST. (Al Marqués.) Lo que quería para el Presidente sea para ella. Que salga del Palacio y del reino ahora mismo.
M. TIR. Es justicia.
D. EST. Sin que vuelva á ver á la Reina.
M. TIR. Se cumplirá y con mucho gusto.

ESCENA III

GRAN DUQUE ESTEBAN, MARQUÉS DE TIRNOVA y MALHURÓN,
que llega por la izquierda

- MAL. Señor Marqués...
M. TIR. ¿Qué hay de nuevo?
(Malhurón saluda con una gran reverencia al Príncipe, que no había visto.)
D. EST. ¿Cuántos y quiénes son los presos?
MAL. Desgraciadamente, Alteza, hemos recibido la orden demasiado tarde, y en casa del señor Rolant ya no había nadie.
D. EST. (Quejoso.) ¡Señor Presidente!
M. TIR. ¡Que la orden se os ha dado demasiado tarde! ¡Pero si había tiempo sobrado!
MAL. Perdone el señor Marqués. Pero...
M. TIR. No vigila bastante su policía.
D. EST. No vigila bastante.
M. TIR. Y si no estaban en casa de Rolant, ¿dónde estaban? ¿Dónde están ahora?
MAL. Se les buscará y se les encontrará. La policía sabe que conspiran; que tienen su organismo; que se preparan para un día dado...
M. TIR. (En tono de alabanza.) Todo eso se sabe.
D. EST. Que conspiran, todo el mundo lo sabe. Que se preparan para un día... ¿Pero qué día? ¿Cuál es su organismo? Todo esto son informaciones sin valor, señor Presidente, su policía no sabe nada de lo que pasa. Tenga bien entendido que yo me valdré de otros medios.
(Sale el Príncipe por la izquierda.)

- M. TIR. Me está usted comprometiendo. Su policía no me sirve.
- MAL. Es que no se conspira. Es que todo el mundo está tranquilo.
- M. TIR. Es que cuando no se conspira hay que inventar la conspiración. ¿Qué, no ve usted que el Príncipe quiere que se conspire? Que todo el mundo lo cree; que esta en la atmósfera la conspiración. Detenga usted á alguien, ¡qué diantre!
- MAL. Se detendrá á alguien.
- M. TIR. Vuelva á darme cuenta de la detención cuando esté el Príncipe delante. (Sale Malhurón por el fondo.)

ESCENA IV

MARQUES DE TIRNOVA (que se irá pronto) y las Damas de la Corte, que van entrando todas por la izquierda

- C.^a ROS. (Con dos Damas más.) Señor Presidente...
- M. TIR. Señora Condesa de Rosamaya...
- C.^a ROS. Ya ve usted, en servicio de la Reina siempre la primera.
- M. TIR. Le corresponde. Su marido perdió su vida al lado del rey.
- C.^a ROS. Sí, fué en una comida de gala. Se atragantó y...
- D.^a TRIA. (Entrando con otras Damas.) ¿Dicen que tendremos revolución, señor Presidente?
- M. TIR. (Riendo.) ¡Por Dios, señora Duquesa! ¿Revolución hoy?
- C.^a ROS. (Por la Duquesa.) A no ser que nos revolucio-nemos las enamoradas del Príncipe Wladimiro.
- D.^a TRIA. No, no. Revolución en la calle.
- C.^a ROS. ¿Qué dice el señor Presidente?
- M. TIR. (Fingiéndose furioso) ¿Yo? Que voy á combatir á los revolucionarios. (Sale riendo por la izquierda.)
- C.^a ROS. (Con ironía á la Duquesa del Trianar.) Preguntadlo al Príncipe Esteban.
- BAR (Muy emocionada á la de Rosamaya.) Condesa, traigo una gran noticia, que me gustaría que se divulgase.
(Algunas Damas se acercan.)

- C.^a ROS. ¿Qué es?
BAR Que adelgazo.
D.^a TRIA. ¿Cómo ha sido?
BAR Me doy disgustos yo misma.
C.^a ROS. Sí; pero con la buena noticia de que os enflaquecéis volveréis á engordar.
BAR Pero con el disgusto de que vuelvo á engordar me vuelvo á enflaquecer.
(Todas ríen. Entra la Marquesa de Tirnova y otras Damas y van paseando por la escena)
M.^a TIR. (A una de las Damas que la acompaña.) ¡Ay, qué horror! ¡No sé cómo pueden vivir con dos amantes á la vez! ¡Como si el mundo se acabara!
UNA DAMA (Que entra sola, á la de Trianar.) Duquesa, vengo trastornada.
D.^a TRIA. ¿Qué ocurre? (Hablan las dos paseando por la escena.)
C.^a ROS. (A la Dama que ha entrado trastornada.) ¿Qué sucede?
UNA DAMA Que se habla de revolución por todas partes.
M.^a IBIS (Que al entrar ha oído estas palabras.) No hay nada. Alarmas infundadas. Me lo acaba de decir el Presidente del Consejo.
D.^a TRIA. Ya se vería venir, y no hay motivo.
C.^a ROS. Ninguno. (Todas las otras también asienten.)
M.^a IBIS La señora Presidenta del Consejo sabe como yo que hay tranquilidad.
M.^a TIR. (Imitando siempre la manera de decir de su marido.) No hay ningún peligro de que se perturbe el orden. A la primera señal nuestra represión sería rápida.
M.^a IBIS La señora Presidenta del Consejo de Ministros lleva un collar magnífico.
M.^a TIR. Sí; hoy nos hemos puesto este collar regalado el día que fuimos nombrados Presidente del Consejo. (Desaparece entre otras Damas.)
BAR. (Preocupada.) Yo nunca sé si habla ella ó su marido. (Las Damas ríen disimuladamente.)
M.^a TIR. ¡Oh, qué horror! (Hablando con la de Ibis.)
M.^a IBIS Estuvo acertadísima Su Majestad quitando el Poder á los liberales, porque no hay en la nación mejor Presidente que el Marqués de Tirnova.
M.^a TIR. Hacemos lo que sabemos.

- M.^a IBIS Sí; porque el Ministerio liberal era un veneno y el histórico es un contra veneno.
(Desaparece entre las otras Damas.)
- C.^a ROS. Pero si la de Ibis era de los liberales.
- D.^a TRIA. ¡Siempre es de los que mandan! ¡Y siempre con un entusiasmo por el Presidente!

ESCENA V

Las Damas de la Corte, GRAN DUQUE WLADIMIRO, CONDE DE LA TORRECHICA, que cogidos del brazo entran por la puerta de la izquierda

- C.^a ROS. (A las Damas.) El Gran Duque Wladimiro.
D. WLA. En estos casos, un fingido desdén mantenido con arte discreto vence á las Reinas.
- C. TOR. ¡Es admirable!
- D. WLA. (Satisfecho.) Es cosa probada. (Rumores de conversación de las Damas.) Señora Baronesa .. (Saludando á la de Bergamota.) Señoras... (Saludando á las Damas. Todas se inclinan.)
- BAR ¡Interesante! ¡Interesante! (Mirándole con los impertinentes. El, como si no lo advirtiera, se vuelve un poco para que ella lo vea mejor)
- D. WLA. (Dejándose contemplar por todas las Damas.) Esta es la cruz de Galinardis. Como ésta no hay otra.
- D.^a TRIA. Sobre el pecho de Vuestra Alteza tiene un valor inapreciable.
(Las Damas se acercan al Príncipe para mirar la cruz.)
- M.^a IBIS Hermosa, hermosísima.
D. WLA. Es de metal primitivo. Algunos dudan de que esta mancha sea sangre.
- M.^a IBIS Sí, sí.
D. WLA. Pero yo doy mi palabra-de que debe ser sangre. Sangre de héroe.
(Se ha vuelto á todas las Damas para que la vean bien. Ellas ríen disimuladamente.)
- BAR. (A las Damas que tiene cerca.) ¡Cá! ¡Oxidado!
- D. WLA. Y mi augusta prima y serenísima Reina, ¿señora Presidenta?
- M.^a TIR. Esperamos la orden para acompañarla hasta aquí.
- D. WLA. Está bien. (A media voz al de Torrechica.) Caba-

llero: si me hiciese la bondad de acercar más la cruz á las otras, tintinaría.

C. TOR. (Arreglándosela.) Perfectamente.

D. WLA. Hasta se dice si ha hecho milagros.

M.^a IBIS (con ironía.) Milagros ¡Oh!

C.^a ROS. y OTRAS. ¡Oh!

BAR. (A las damas que se ríen.) Yo ya sé uno; el de casar á su Alteza con la Reina.

C. TOR. Eso no es ningún milagro.

D. WLA. Es una cosa natural.

BAR. No, no. (Las otras damas la hacen callar y ella sigue murmurando)

M.^a IBIS (con ironía.) Serán dos cabezas para una corona.

D. WLA. ¡Oh, qué bellamente dicho, señora Marquesa; lo sabrá la Reina! ¿Habéis oído, caballero de la Torrechica Lungarda?

C. TOR. ¡Oh, sí; admirable! Una cabeza para una... para dos coronas.

D.^a TRIA. Vuestra Alteza tiene una gran memoria para recordar los orígenes y cruzamientos de nuestras casas y nuestros linajes.

D. WLA. Soy un pergamino... vivo. Conozco todos los orígenes de la nobleza. El marquesado de Ibis arranca de la última cruzada.

M.^a IBIS Ciertamente.

D. WLA. Señora Marquesa de Bergamota...

BAR. Perdón; es Bergam y Otta.

D. WLA. Este Otta no lo veo claro.

BAR. Otta, en lengua indígena, quiere decir cidra. (Las damas ríen disimuladamente.)

D. WLA. (Preocupado.) Otta... Otta... Otta. (En este momento una dama sale de la puerta de la derecha y descorre la cortina.)

M.^a TIR. (En voz alta á las otras damas.) Se abre la Cámara Real.

D.^a TRIA. Es nuestra hora.

D. WLA. Tened en cuenta, señora, que el prometido esposo espera impaciente á su Real prometida.

M.^a IBIS Os la traeremos, príncipe, espléndida de hermosura y gentileza. (Van saliendo todos por la derecha, con murmullo de conversaciones y risas.)

D. WLA. (Al Conde de Torrechica.) ¿Habeis oído, caballero? Estupenda, ¿eh?

C. TOR. ¡Oh! Eternamente estupenda, señor Prínci-

pe. (El Príncipe ríe fuertemente mostrándose muy afectuoso con el Conde de Torrechica.)

D. WLA. (Exageradamente.) ¡Qué feliz soy! Ni Carlo-Magno después de la batalla de...

ESCENA VI

GRAN DUQUE WLADIMIRO, CONDE DE LA TORRECHICA, GRAN DUQUE ESTEBAN, MARQUÉS DE TIRNOVA, DUQUE DE BRUNSBERDECH, CONDE DE MURA, MARQUÉS DE ORÍS y otros caballeros

D. BRUN. ¡Príncipe Wladimiro, que el cielo derrame sobre Vuestra Alteza, toda su gracia!

D. WLA. Muy reconocido, señor Duque de Brunsberdech, descendiente del primer Barón de Berdech y del segundo Duque de Bruns en el año 873.

D. BRUN. Por ahí, por ahí. Me acaban de dar una noticia que no he creído.

D. WLA. Seguramente no me interesa. (Mirando él mismo su vestido. Entra el Gran Duque Esteban seguido de otros caballeros.)

D. BRUN. Y que ahora desmentirá el Príncipe Esteban.

D. EST. ¿Qué ha estallado la revolución? (Mientras tanto los que van llegando se acercan á saludar al Gran Duque Wladimiro.)

D. BRUN. Que el partido liberal se ha pasado á los republicanos.

D. EST. Desmentido en absoluto. (Aparte.) Eso sería grave. (A un Caballero.) Que venga el Presidente del Consejo.

D. WLA. (A los que están con él.) El casamiento será el día de San Udalberto y dispongo para aquella semana grandes fiestas reales.

C. MURA ¡Magnífico! (Los otros caballeros también asienten.)
M. ORÍS Qué alegría para el pueblo.

(El Gran Duque Esteban se pasea preocupado esperando al marqués de Tirnova.)

D. WLA. Celebraremos gran torneo, vistiendo las armaduras de nuestros antepasados.

D. BRUN. y OTROS. Muy bien.

C. MURA Sino que las lanzas están oxidadas.

D. WLA. (Al de Orís.) Pero vos teneis la espada de Ta-

- ganar de Frigalan Lubech, la de hoja resplandeciente.
- M. ORÍS Perdonad. No tengo más que el puño.
D. EST. ¡Ah! ¡El señor Presidente! (Entra el Marqués de Tirnova.) ¿Qué hay del partido liberal?
- M. TIR. Todo es mentira. No sé quién hace circular estos noticiones.
- D. EST. ¡Es que sería terrible!
- M. TIR. Descansad en nosotros. El Ministro de la Guerra ha visitado los cuarteles, ha subido al Castillo de la Guardia. La fidelidad es absoluta en todas partes.

ESCENA VII

REINA ALEXIA y todas las DAMAS y CABALLEROS, MINISTROS, NOTARIO MAYOR DEL REINO, MALHURÓN, AYMERICH y alta servidumbre de Palacio. Aymerich va á la puerta de la Cámara Real anunciando la salida de la Reina

- AYM. Su Majestad la Reina. (Llega la Reina con las damas de la Corte, la música que no se ve, toca el himno de la Nación. El Gran Duque Esteban besa la mano de la Reina y la conduce hasta la silla real.)
- M. TIR. Cuando Vuestra Majestad disponga, el Notario Mayor del Reino dará lectura al pacto de los esponsales, según la ley constitucional de la Nación.
- REINA Ahora mismo.
(El Notario Mayor desenvuelve el pergamino pausadamente. En el instante mismo en que se dispone á leer se oye un cañonazo. El Notario Mayor se detiene. La Reina parece no prestar atención. Rumores de todo el mundo. El Notario no lee esperando que se haga silencio.)
- D. EST. (Al de Tirnova á media voz.) ¿Habeis dispuesto que se hagan salvas por este acto?
- M. TIR. Seguramente el Ministro de la Guerra.
- D, EST. Señor Notario Mayor... (Indicándole que siga la lectura.)
- NOT. (Leyendo.) En nombre de Dios Nuestro Señor... (Se oye otro cañonazo. Rumores en la sala.) y de la Santa Virgen y del glorioso mártir San Hildebrando... (Se oyen dos cañonazos más.)
- D. EST. (En voz baja á todos.) ¡Son salvas, son salvas!

- (Van diciéndose unos á otros en voz baja. La Reina sigue impasible. El Notario ha ido leyendo lentamente)
- MAL. (Que acaba de entrar, en voz baja al marqués de Tirnova.) Señor Presidente...
- M. TIR. ¿Qué hay?
- MAL. Dicen que se ha sublevado el Castillo de la Guardia.
- NOT. (Que ha seguido leyendo.) ... y de todos los Santos mártires que han derramado su sangre sobre nuestra tierra... (Suspende la lectura porque se repiten los cañonazos y ya nadie escucha, en crecidísima alarma todo el mundo.)
- D. EST. (Que se ha acercado á Malhurón.) Dicen... dicen... ¡Miserable!
- M. TIR. Príncipe, yo respondo con mi cabeza. (Se oye fusilería lejana. Rumor general de los presentes. Malhurón, sale corriendo, así como otros caballeros, por la puerta de la izquierda. La alarma va creciendo en escena.)
- D. EST. ¿De qué respondeis con la cabeza? ¿De qué?
- C. MURA (Que había salido hacia un momento.) La revolución está en la calle. (La nobleza va de un lado á otro de la escena.)
- M. TIR. ¡Si no puede ser! (Sale seguido de algún otro caballero. Entra el Marqués de Orís.)
- M. ORÍS El Castillo de la Guardia es suyo, y dicen que también un cuartel.
- D. EST. ¡Señores: á defender está casa! (Salen él y los demás caballeros. La Reina ha seguido sentada apoyando un codo en el sillón, la cara en la mano y con los ojos muy abiertos, fijos é inmóviles)
- M.^a TIR. ¡Ay, Dios mío! (La Reina la mira sin decir nada. Siguen oyéndose los cañonazos y la fusilería.)
- C.^a ROS. ¡Qué terror, señora! (Las Damas, atemorizadas, rodean á la Reina.)
- D. WLA. Prima y señora; ¡qué importunos! Cuando todo estaba preparado para la fiesta...
- REINA (sin volver el rostro.) Sí, sí; importunos, importunos.
- M.^a IBIS ¡Oh, qué desgracia!
- D. WLA. Para mí mayor que para nadie. (Sale. La Reina no hace caso á nadie, sólo escucha.)
- D.^a TRIA No, no puede ser cierto; no puede ser cierto. (Las demás Damas asienten.)

- REINA ¡Psch! Escuchemos, escuchemos.
(Se oye pequeño rumor de voces por el lado izquierdo, fuera de la escena.)
- M.^a TIR. ¡Son los nuestros!
- REINA Escuchemos, escuchemos.
- C.^a ROS. (A media voz.) Es en el palacio. Deben reforzar los piquetes de la guardia.
- REINA Escuchemos. (Rumores por el fondo de la escena.) Es fuera. Es en la plaza. Hay gente en la plaza.
- M.^a IBIS ¿En la plaza? Serán tropas leales.
(Pausa. Todos escuchan.)
- REINA (Súbitamente.) No, son del pueblo; lo conozco. Hay entusiasmo en las voces. Son del pueblo.
- M.^a IBIS No tengáis miedo, señora.
- REINA ¿Miedo? ¿De qué? Me habéis matado el miedo: yo no tengo miedo de nada. ¿Qué voy a perder yo? Me han matado todos mis sentimientos.
- M.^a TIR. Son vuestros enemigos los de allí fuera.
(Sigue oyéndose el rumor lejano de la multitud.)
- REINA Lo son también los de aquí dentro. (Las Damas bajan la cabeza.) Yo soy un esqueleto vestido de Reina, sobre un trono que parece un catafalco y llevando en la cabeza la corona, que tiene la forma de un cero.
(Se oye una descarga de maüsers. Las Damas gritan aterrorizadas.)
- C.^a ROS. ¡Ay, señora! ¿Qué podemos hacer?
- REINA Rogad á Dios serenas.
- M.^a TIR. Para que triunfe vuestra causa.
- REINA No. Para que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.
- M.^a IBIS ¡Que El nos salve!
- C.^a ROS. Nuestra vida.
- REINA Nada más, nada más. (Se oye en la plaza una descarga. Gritan las Damas que se arrodillan rezando.) Nada más. (Ella no se arrodilla y mira fijamente el frente suyo como encantada.)

ESCENA VIII

ALEXIA, Damas de la Corte, GRAN DUQUE ESTEBAN y algunos Caballeros. Después GRAN DUQUE WLADIMIRO, CONDE DE MURA, MARQUÉS DE ORIS, AYMERICH y DUQUE DE BRUNSBERDECH

- D. EST. ¡Pero si no puede ser! ¡No puede ser!
(Las damas se adelantan acercándose á él.)
- C. MURA Yo lo he visto.
- M. ORÍS Toda la guardia.
- C.^a ROS. ¿Qué hay?
- M.^a IBIS ¿Qué pasa?
- D. EST. Es horrible.
- M. ORÍS Toda la guardia ha traicionado á la Reina.
- D.^a TRIA ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mío!
- REINA Escuchemos, escuchemos.
- D. EST. (A la Reina.) Es cruel decíroslo, señora; pero es verdad; no tenéis nadie que os defienda.
- REINA Escuchemos, escuchemos.
(Los rumores que vienen de fuera son constantes; pero de cuando en cuando se oyen gritos más cercanos.)
- D. BRUN. (Entrando con otros.) La gran escalera es suya y la revolución, como un mar tempestuoso, ya sube hacia el palacio.
- D. EST. (A los Caballeros solamente.) Saquemos á la Reina por la escalera de servicio.
- D. BRUN. Todas son de ellos. No hay salida.
- D. EST. (A la Reina.) Retiraos á vuestras habitaciones.
- REINA ¡Oh! ¡No!
- D. EST. Las damas con la Reina allá dentro. Nosotros aquí guardando sus vidas con las nuestras.
- M.^a TIR. y OTRAS DAMAS. Sí, vamos, señora.
- REINA ¡No! ¡Nunca! Yo aquí hasta el último momento. Y si quieren mi vida...
- D. BRUN. Primero moriremos todos.
- C. MURA Todos defendiéndola.
(Entran Caballeros y entre ellos Aymerich.)
- D. EST. (A los que entran.) ¿Dónde está mi hijo?
- AYM. ¡Con él guardábamos una puerta; ya la han derribado!
(Entran Wladimiro y otros Caballeros.)

- D. WLA. ¡Es en vano todo! Contra todos ellos somos solos nosotros, y sin armas.
(Desde este momento en todo lo que diga Wladimiro no debe notarse ni el más leve matiz cómico.)
- D. EST. ¡Hijo mío! ¡Wladimiro!
- D. WLA. ¡Padre y señor! (Abrazándole.) Dios nos abandona. (A. Alexia.) Señora: si con mi vida pudiera salvar la corona...
- REINA Pensemos en los que están muriendo.
- D. WLA. (Con entereza.) Yo no soy nada: pero siento en mí el alma de mis pasados. Es preciso dar la vida, caballeros.
- AYM. Es en vano.
- M. ORÍS Ya todo es de ellos.
- D. WLA. ¡No: vamos!
- D. EST. (Con energía.) Wladimiro: como un soldado cerca de la Reina.
- D. WLA. ¡A morir todos por ella! (Va á salir con los Caballeros.)
- REINA ¡No! ¡Ni un paso más! ¡Todos aquí! ¡Que yo os lo mando! (Porque insisten en salir.) ¡Que todavía soy Reina! Wladimiro, yo no quiero que nadie muera por mí.
(Se oyen más cercanos los gritos de los revoltosos. Terror de las Damas.)

ESCENA IX

DICHOS y FILIBERTO

- D. EST. Cerrad esa puerta. (Por la de la izquierda, por la que se oyen más cercanos los gritos.)
- FIL. (Cuando iban á cerrar entra tambaleándose y cae en medio de la escena) ¡Ah! ¡Cobardes! ¡Asesinos!
- REINA ¡Filiberto! (Algunos Caballeros cierran la puerta.)
- FIL. (Incorporándose) Me han herido; pero no importa, allá me vuelvo. (Lo levantan.)
- REINA ¡Está herido! ¡Curémosle la herida! (Las Damas lo rodean. Por su pañuelo.) ¡Con éste! ¡Con el mío!
- FIL. (Tambaleándose mientras le vendan la herida.) ¡Ay, Alexia!
- REINA (Llevándolo á un lado con otras damas.) Apoyaos en mí,

- FIL. ¡Me curaré! ¡Me curaré!
(Rumores crecientes por la galería del fondo, viéndose pasar algunos revolucionarios á lo lejos.)
- C. MURA ¡Ya están aquí!
REINA ¡Que no se mueva nadie! (Queriendo apartar á las damas que la rodean.) ¡Y no me cerquéis!
- M.^a IBIS Nosotras delante.
D. BRUN Aquí nosotros.
(Los revolucionarios están ya cerca de la galería viéndose.)
- REINA ¡Abrid, que entren!
PUEBLO (Desde fuera.) ¡Muera! ¡Muera la Reina!
REINA (Luchando por abrirse paso.) Pues abriré yo misma.
- CABALLEROS ¡No! Guardémosla con nuestros cuerpos.
(En el mismo momento que ella, desprendiéndose de todos, va á abrir, las vidrieras, por donde se veía confusamente á los revolucionarios, caen á pedazos.)

ESCENA X

DICHOS, JUAN y masa interminable del pueblo. Después ROLANT, FRITS, TOAST, ALDRET y otros de los más adictos. La nobleza está en el lado derecho de la escena. Al caer á pedazos las vidrieras el pueblo no osa avanzar mucho, impuesto un poco por la grave solemnidad del lugar

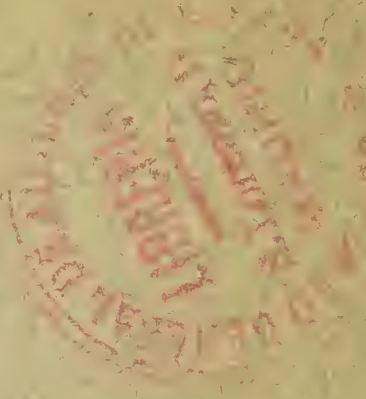
- JUAN y PUEBLO (Gritando en masa.) ¡Viva la República!
CABALLEROS (Gritando en masa.) ¡Viva la Reina!
PUEBLO (Gritando en masa.) ¡Viva la República!
CABALLEROS (Gritando en masa.) ¡Viva la Reina!
JUAN (Avanzando un poco.) ¡Queremos la vida de la Reina!
- D. WLA. y CABALLEROS. Con la nuestra. Nunca. Antes morir. (Dicho todo á la vez. El pueblo va á avanzar cuando Rolant aparece por detrás de la multitud.)
- ROLANT ¡No! ¡Matar no! (Se abre violentamente paso y avanza rápido como un rayo hacia Juan. Gritería del pueblo y de los caballeros. Frits, Toats, Aldret y otros le siguen.) Matar, no; Juan, atrás. (Precipitándose sobre él, lo lanza de un empujón sobre la masa del pueblo con tal violencia, que Juan caería en tierra si los suyos no lo sostuvieran.)

- REINA (A las damas y caballeros para que no provoquen á los revoltosos.) ¡Por Dios! ¡Ni una palabra!
- ROLANT (Al pueblo.) Una gota de sangre inútil mañana nos ahogaría. (Rumor del pueblo á punto siempre de revelarse.) ¿Quiénes son los tigres? (Disputas entre el pueblo.) ¡Separadlos! ¡Aquí los hombres honrados! (Señalando la parte izquierda. Algunos se colocan resueltamente y después de una pequeña vacilación, lo hacen todos.) La Monarquía ha muerto. (Rumor de los caballeros contenidos por las damas.) ¡Contemplad sus despojos!
- D. WLA. (Entre los rumores de unos y otros.) Pues yo...
- D. EST. (Conteniéndole.) ¡No, hijo! ¡Te va la vida! (Algunas damas también contienen á los caballeros. Mientras tanto Juan procura animar á los suyos.)
- JUAN A ellos..
- ROLANT (Encarándose con Juan y otros.) Contra mí primero.
- JUAN (Retrocediendo y haciendo retroceder á los suyos.) ¡No! ¡Jamás!
- ROLANT Hermanos: enterremos el pasado y olvidemos sus errores. ¡Paso á ellos, que se van para siempre! ¡Salid, señores! (La nobleza va avanzando hacia el fondo que ha quedado libre cuando Rolant ha hecho agrupar el pueblo á la izquierda. Al ver avanzar á la nobleza, el pueblo ruge sin poderse contener.) ¡La vida es sagrada; sagrada para todos! (Toats, Frits, Aldret y los más serenos de los amigos de Rolant, impiden que el pueblo se lance sobre la nobleza que avanza hacia el fondo.)
- D. EST. (A Rolant.) ¡Por Dios! ¡La Reina! (Para que no la abandone en aquel momento de supremo peligro.)
- ROLANT (Al Gran Duque Esteban.) ¡Yo con mi vida!...
- D. EST. (Llevándose abrazado á Wladimiro que iba á interponerse entre Rolant y Alexia.) ¡Hijo mío!
- REINA (A Rolant.) ¡Lejos! ¡Lejos!
- ROLANT (Avanzando hacia ella.) Muy lejos.
- REINA Filiberto, venid. (Caminando ya hacia el fondo, le ha llamado volviendo la cabeza.)
- FIL. (Corriendo á ella.) Voy.
- ROLANT Sosténlo tú, Juan.
- JUAN Sí. (Van saliendo agrupados los cuatro: Rolant lleva de la mano á Alexia.)
- ROLANT Nunca más matar sobre la tierra.
- FIL. ¡Viva Alexia!
- PUEBLO (Con gran gritería.) ¡No!

ROLANT

¡La Reina no! ¡La mujer sí! ¡Apartaos! ¡Apartaos! (En el instante en que desaparecen se lanza el pueblo en medio de la escena destrozándolo todo, oyéndose gritos mezclados de ¡Viva la República! ¡Viva la Nación! ¡Viva el Pueblo!)

FIN DE LA OBRA



Precio: DOS pesetas

BO. FOR. 100 DE AUMENTO

LIBRERIA DE DOCUMENTOS
S. S. S. S.